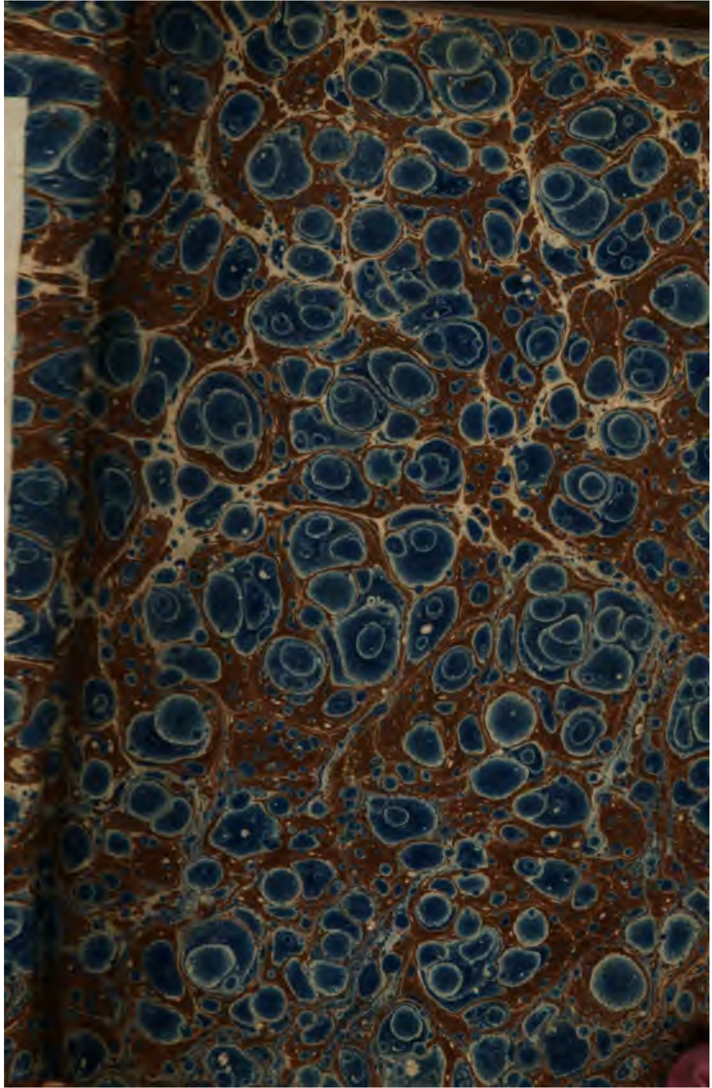

WIDENER
HN PEZJ 4



LUZ Y TINIEBLAS.

LUZ Y TINIEBLAS.

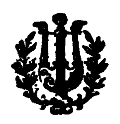
POESIAS SAGRADAS Y PROFANAS,

POR

D. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

PRIMERA PARTE.

ROMANCES HISTORICOS.



Madrid.

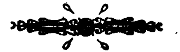
BOIX, EDITOR.

IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUMERO 8.

1842.



EL ÚLTIMO ABDERRAMEN.



Era en Córdoba, y corria
el año de mil y diez
cuando aun á España aterraba
de los moros el poder.
Leon, Castilla y Galicia
ya con zozobra cruel,
del moro en vano intentaban
los ímpetus contener.
Aun la sombra de Almanzor (1),
de aquel guerrero que fué
de la cristiandad azote

(1) El Agib Almanzor, vino á España desde Ceuta á fines del siglo X con 15,000 moros de á caballo y 40,000 peones. Era vasallo de Mahamete el Mitaraf, señor de Ceuta.

y esperanza del infiel,
aterraba à los valientes
de España los de mas prez,
una y otra vez vencidos
en cien batallas y cien.
Murió el guerrero invencible,
pero quedaron por él
sus recuerdos y su nombre
y sus falanges tambien;
aquellos rudos soldados
que con brava intrepidez
llevaron hasta Galicia
los pendones de Ismael.
Y Córdoba poderosa
se alzaba con altivez
valladar inespugnable
contra el cristiano poder.
En el almenado alcázar
de aquella ciudad que fué
de maravillas emporio
y de su causa sosten,
con mortal incertidumbre
gime sin consuelo un rey,
cuya frente ya no puede
su corona sostener.
El último de los suyos,
el desventurado Hiscen,
desgarrados crudamente
su manto y sus reinos vé.

Traidores que no conocen
patria, religion ni ley,
este poderoso imperio
vinieron á estremecer.
El villano Almohadí
que puso sobre su sien
esta corona de espinas,
para dominar por él;
Zulema el usurpador,
que olvidando su deber
le arrojó con ignominia
de su heredado dosel;
y por fin el más que todos
villano, Zaide Alhamer,
que le guardó entre prisiones
sin duelo de su niñez,
todos á la par llevaron
el poderoso bajel
á zozobrar en las sirtes
donde clavado se vé.
Y ay! que del mar proceloso
al agitado vaiven,
la despedazada nave
resiste en vano esta vez.
Los guerreros castellanos
que le temblaron ayer,
contra el leon se abalanzan
que enfermo y postrado ven.
Todo es pavor; todo sangre,

rapiña y mortandad es;
los moros matan, destruyen,
y los cristianos tambien.
Los que de Africa vinieron,
de Tunez, Trípoli y Fez,
y los bàrbaros piratas
de Berbería y Argél,
á sangre llevan y fuego
con diabólico placer
aquella florida tierra,
de las Españas vergel.
Y en tanto, vertiendo lágrimas
como cuitada muger,
al suelo la frente inclina
el último Abderramen.
Ay! que sin duda á sus ojos
se representa cruel
el destino de sus pueblos
declinando de su ley.
Sin duda en la edad futura
deshechos los lazos vé
que en España constituyen
de la morisma el poder.
Sin duda ve á su Granada
ensalzando un nuevo rey,
y vé á Toledo y Sevilla
emanciparse tambien.
¿Qué será, santo Profeta,
de tu veneranda fé

si en division peligrosa
se desparrama tu grey?
En vano resistirán
cuando el fiero leonés
y el castellano se lancen
á la lid con altivez.
Y perderán este suelo
donde llegaron á ver
realizados los encantos
de tu prometido Edem.

II.

Con espantoso rumor
el aire tranquilo asordan
los ásperos añafiles
que guerra y muerte pregonan.
Calles y plazas inundan
gentes armadas en tropa,
á cuyos pálidos rostros
helado temor asoma.
Y todos vuelven los ojos
á la sierra, en cuyas lomas
se ven armadas hileras
de falanges numerosas.
Oir desde allí se dejan
pronunciadas por mil bocas
horribles imprecaciones,
promesas aterradoras.

Con sangre y fuego amenazan
arrasar la ciudad toda,
y esgrimen las cimitarras
y los pendones tremolan.
Por alarde de sus fuerzas
todas las cumbres coronan,
en diez batallas formadas
sus legiones poderosas.
Toda el Africa parece
reunida en las picotas
de aquella sierra, que apenas
el grave peso soporta.
Y como quien ya no duda
de aquella fàcil victoria,
cantos de venganza y muerte
en coro infernal entonan.
Zulema! Zulema! gritan,
y mil voces desde Córdoba,
Hiscen! Hiscen! les contestan,
y crece asi la discordia.
En tanto el traidor Zulema
cuya pasion ambiciosa
destruye este grande imperio
por alcanzar su corona,
sobre un alazan recorre
las batallas numerosas,
y al combate las escita,
y al pillage las provoca.
Hijos del Africa son,

de esas regiones que abortan
en tanta suma enemigos,
á las playas españolas.
Tambien á la lid acuden
en que la traicion se goza,
los Gomeles de Granada
y los Gazules de Ronda.
De Cuenca y Guadalajara,
de Toledo y Zaragoza,
los reyes y capitanes
conducen armadas tropas.
Mísero Hiscen sin fortuna,
que sobre tí se desploma
todo el poder mauritano,
y los tuyos te abandonan.
Los pocos que te son fieles
solo la esperanza logran
de dar por tu amor su sangre
y de perecer con gloria.
¿Qué podrás cuando resuene
el clarin, y en procelosa
tormenta, ese mar de hierro
te arroje sus bravas ondas?
Alá! poderoso Alá!
si no quebrantas y postras
de la terrible serpiente
la fiereza ponzoñosa;
si consientes que tu imperio,
que esos villanos destrozan,

sucumba, desbaratado
bajo su mano traidora,
el alto, invencible muro,
caerá, que el orgullo doma
de las huestes castellanas
y es amparo de las propias.
Y ay! que la terrible valla,
una vez violada y rota,
no habrá quien de los infieles
al rudo valor se oponga.
Pero Dios està indignado,
que otra vez el aire asordan
los ásperos añafiles
que guerra y muerte pregonan.

III.

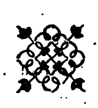
Recatados los leales
tras de las fuertes almenas,
decididos á morir,
el choque cercano esperan.
Hiscen los muros recorre
y á sus soldados alienta
con la débil esperanza
que su corazon encierra.
El estandarte sagrado,
noble y venerada enseña
que tantos Abderramenes
llevaron á la pelea,

aquel signo misterioso
de tantas victorias prenda,
sobre la santa mezquita
del viento agitado ondea.
Cuántas glorias ya olvidadas
en esa luna recuerdan!
Cuánta mengua profetiza
su luz que eclipsada mengua!
Sí, porque el sol que la heria,
triste y nublado no ostenta
la ardiente luz de sus rayos
para reflejar en ella.
Y en vano, en vano cual íris
enmedio de la tormenta
quiere aplacar los terribles
elementos que le cercan.
Con áspero clamoréo
responden desde la sierra
los airados escuadrones,
gritando otra vez, Zulema!
Murió la esperanza: solo
en los trances de la guerra
el desdichado monarca
vencer al destino espera.
Ya bajan los escuadrones
berberiscos: ya la vega,
de turbantes y marlotas
se mira toda cubierta.
Ya avanzan!.... en vano, en vano

bizarramente pelean
los fieles ! su sangre corre
en la inútil resistencia.
Qué esperas, triste monarca,
al ver que los tuyos cejan,
si ya con la muerte, el término
de tus desdichas no esperas ?
Hiscen huye ! pero abriendo
senda espantosa y sangrienta,
de sus torpes enemigos
por medio de las hileras.
Qué tarde de ese valor
das en los combates muestra,
Hiscen ! cuando de tu trono
te ha arrojado tu flaqueza.
Adónde vas ? à llevar
arrastrando por la tierra
el rigor de tu infortunio
y el peso de tu vergüenza.
Corre al Africa, y allí
donde ignoren tu grandeza,
en los áridos desiertos
de abrasadoras arenas,
esconde tu desventura
porque ninguno la vea
pintada en la frente altiva
donde brilló una diadema.
Oh ! de los Abderramenes
último rey ! en qué tierra

te ocultas, si sobrevives
al torcedor de tu afrenta?
Oye: si al cielo, que justo
á los ultrajados venga,
con ardientes oraciones
esta venganza encomiendas,
vive en paz, ó de la tumba
la tranquilidad eterna
no turben negros deseos,
que Dios vengarà tu ofensa.
El noble Halí-Aben-Hamit,
el bravo alcaide de Ceuta,
á España marcha, seguido
de numerosas banderas.
Sobre Córdoba caerá,
y derribando por tierra
las antes invulnerables
y hoy ya vencidas almenas,
con sus manos te darà
venganza de aquel Zulema,
y rodará por tu alcàzar
su ensangrentada cabeza.
Y sus deudos pagarán
de su delito la pena,
y cuantos fueron traidores,
y cuantos su ley veneran.
Sangre costará tu oprobio
y llanto eterno tu afrenta,
que contigo la morisma

perdió su unidad estrecha.
Y pronto caerà Toledo:
Sevilla dará por tierra
con su esplendor, y al cristiano
Granada abrirá sus puertas.
Y los tuyos arrojados
por la española entereza,
del Africa tornarán
á las calientes arenas.





Leed, dice, que son nuevas
de Saldaña vuestro dueño.



EL CONDE DE SALDAÑA.

ROMANCE I.

La noche en densos crespones
envolviendo al universo,
despliega su negro manto
recamado de luceros.
Y la luna resbalando
por el azul firmamento
melancólica derrama
sus amarillos reflejos.
A sus tibios resplandores
se ve el alcázar de Oviedo
morada de Alfonso el Casto,
el terror del agareno.
Heridos los torreones
de su fulgor ceniciento
sobre las vecinas peñas

se dibujan gigantescos.
Las recortadas almenas
que los coronan á trechos,
tambien en formas gigantes
sus sombras van estendiendo.
Y como ordenadas crecen
asemejan á lo lejos
apiñados escuadrones
de brujas, duendes y espectros.
Todo duerme en el alcázar,
reina profundo silencio,
que solo dos séres velan:
en la torre un ballestero,
y en el fondo del palacio
en retirado aposento
una hermosa, á quien la roban
cuidados de amor el sueño.
La infanta doña Jimena
reclinada sobre el lecho,
con la toca desprendida,
descubierto el albo seno,
y esparcido por la espalda
el ondulante cabello,
no duerme, que no descansa
quien tiene amor en el pecho.
Era madre y era esposa,
y para mayor tormento,
ausente está de su hijo,
separada de su dueño.

Que el conde D. Sancho Diaz,
por apartar los recelos
que el Rey D. Alfonso el Casto
tiene de su amor secreto,
se partiera presuroso
para Saldaña, su feudo,
y ha dias que no recibe
nuevas que la den consuelo.
Por eso profundos ayes
salen roncos de su pecho,
y el corazon á pedazos
se quiere salir con ellos.
Alza la hermosa los ojos
para quejarse á los cielos
del rigor de sus desdichas,
del dolor de sus tormentos;
y espantada retrocede
viendo con asombro y miedo
pararse delante de ella
embozado un caballero.
Inmoble el bulto en la estancia
mira á la infanta en silencio,
fijos los ávidos ojos
en su torneado seno.
Tiembla aterrada la hermosa;
pero recobrando aliento
y engañada su esperanza
por la voz de sus deseos,
Sancho, le grita, sus brazos

hàcia el hidalgo tendiendo.
Mas desfallecidos caen,
que en vez de arrojarse en ellos
esquivando el doble embozo
descubre un rostro severo,
donde al vivo se retrata
el infierno de los celos.
Es el conde de Galicia,
D. Froila, el mas altanero
hidalgo de cuantos son
en el leonés imperio.
—Nó soy D. Sancho, la dice
con reconcentrado acento,
mas soy quien sabe vengarse
de un agravio que le han hecho.
—Salid, esclama la infanta,
mal nacido caballero!
No de una infanta de Asturias
mancilleis el honor terso,
penetrando por la noche
en su sagrado aposento.
—Deponed, doña Jimena,
deponed vuestros denuestos,
responde con ironía,
que á fé que no los merezco.
Del conde D. Sancho Diaz
soy, señora, mensagero.
—Mensagero vos! Mentira.
—¿Mentira decis? Pues vedlo.

Y desarrollando entonces
entre sus manos un pliego,
leed, dice, que son nuevas
de Saldaña vuestro dueño.
«El rey D. Alfonso el Casto
junta Córtes en Oviedo,
yo habré de venir á ellas;
y cuando otra vez envuelto
todo el universo quede
en tinieblas y silencio
estará á tus pies postrado
tu rendido caballero.»
¡Cielos, esclama la infanta!
¿Quién os ha dado ese pliego?
—¿Preguntais quien me lo ha dado
sabiendo que tengo celos?
—¡Oh! ¡Desgraciada! D. Froila,
entregádmelo al momento!
—Si yo á entregarlo viniera,
fuera sin duda bien necio,
que en él, señora, se encierra
mi destino con el vuestro.
En mi mano estos renglones
mudos, os estan diciendo
ó mi amor ó mi venganza.
Elegid cualquiera estremo.
—¡Ah! Qué horror!—Y pronto, pronto!
Que cuando otra vez envuelto
todo el universo quede

en tinieblas y silencio,
estará á tus pies postrado
tu rendido caballero,
y entonces ya veis, señora,
entonces no será tiempo.
—Ya está muy cerca mi esposo
y tu venganza no temo.
—Mas cerca está el rey Alfonso
y voy á entregarle el pliego.
—¡Ah! Piedad!—Aun mas, señora,
aun mas que piedad ofrezco.
Mi amor.....—No le quiero, mónstruo,
que tu amor es un infierno.
—Pues morirá el de Saldaña.
—Su amor sí que era mi cielo!
—Está bien, esclamó el conde,
yo nublarle te prometo!
y á pasos agigantados
se salió del aposento.



ROMANCE II.

Apenas entre celages
su escasa luz muestra el alba,
cuando en Oviedo se alzó
estrepitosa algazara.
Suenan trompas y añafiles
con guerrera consonancia
que á los bravos paladines
á la liza abierta llaman.
Celebra justas el rey
por las Córtes convocadas,
y el pueblo se precipita
como un torrente en la plaza.
Con las armas de los godos
el régio balcon resalta
cubierto de ricas telas
recamadas de oro y plata.
Detras de su cortinage
llena de joyas y galas
se ve pálida y llorosa
sentada á la triste infanta.
Cien cortesanos la cercan.

Su hermano el rey la acompaña,
que clava en ella los ojos
con aguda suspicacia.
De ello no cuida la hermosa
que tiene arrobada el alma,
y el corazon combatido
de mil amorosas ansias.
Porque ningun medio encuentra
de avisar al de Saldaña
se resguarde del peligro
que sin duda le amenaza,
si llega el celoso conde
à entregar al rey la carta.
Por eso de sus mejillas,
que à la aurora avergonzaban
huyó el color sonrosado,
trocando en nieve la grana.
Pero aun asi està tan bella,
tan hermosa y tan galana,
que es orgullo de los hombres
y la envidia de las damas.
En tanto el pueblo impaciente
se arremolina en la plaza,
y para empezar la liza
del rey la señal aguarda.
Resuenan al fin las trompas
con estrepitosa marcha;
y al repetir sus clamores
en las vecinas montañas

al eco le falta espacio
y al viento le faltan alas.
Los gallardos paladines
cubiertos de ricas armas,
divididos en dos tercios
en el palenque se lanzan.
Acaudillando el primero
viene el conde de Saldaña
sobre un alazan fogoso,
que lleva por mayor gala
con paramentos azules
recamados de oro y plata.
En su labrada cimera
flotan cinco plumas blancas
y cruza su falso peto
con sus pliegues roja banda.
La lanza lleva en la cuja,
y en el escudo que embraza,
un sol con aqueste mote
bordado en letras de plata.
Nadie mas que yo le mira
porque los demas cegáran,
Al leerlo el de Galicia
que la otra cuadrilla manda,
agitado de sus celos
murmura entre sí con rabia.
Cuida, conde, que sus rayos
te habrán de cegar mañana.
Prosiguiendo los guerreros

ROMANCE III.

Una retirada estáncia
de gótica arquitectura
que con decrépitos rayos
apenas el sol alumbra,
cuando sepulta su disco
sirviéndole el mar de tumba,
el rey D. Alfonso el Casto
con rápidos pasos cruza,
y mál de su ciega cólera
los ímpetus disimula.
Parándose de repente
con voz que el furor inmuta,
así dice à un caballero
que casi la sombra ocúlta
y en un rincon de pie estaba
con respetuosa apostura.
—¿Estáis bien seguro, conde,
de ese crímen que denuncias?
Quien lasangre de Pelayo

mancilla con lengua inmunda,
no le salvan de mi rabia
ni su poder ni su alcurnia.
—Pero quien limpiarla trata
de la mancha que la nubla,
le responde el caballero,
merece premio, no injurias.
—Dices bien: ¿ mas cómo pruebas
del de Saldaña la culpa?
—Señor, de su amor secreto
el pliego no dejà duda.
—¡ Oh, Rabia! y pudo manchar
ese vil mi escelsa cuna!!
Por Santiago le juro
que ha de pagar bien su culpa.
Y cogiendo un pergamino
traza rasgos con la pluma,
lo sella despues, y al conde
lo dà respirando furia.
—Tomad, le dice, esta órden;
id, y sin demora alguna
direis al conde que parta
con ella al fuerte de Luna.
El llevarà su sentencia
que eso venga más mi injuria.
Mas cuidad que este secreto
nunca, conde, se descubra;
porque ojos que ven las manchas
que de un rey la sangre enturbian,

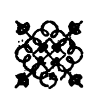
y lenguas que los rebelan,
han de ser ciegos y mudas.
Apenas dice esto al conde
que respetuoso le escucha,
de la retirada estancia
se perdió en la sombra oscura.



ROMANCE IV.

Aun se mece el sol, infante,
en su aljofarada cuna,
mezclando en leves vapores
matices de grana y púrpura,
cuando un galan caballero
llega al castillo de Luna
lleno de sudor y polvo,
y su caballo, de espuma.
Cruge el rastrillo cayendo,
él con rapidez lo cruza,
y al soldado que lo guarda
por el alcaide pregunta.
Preséntase el capitan,
al de Saldaña saluda,
y el pliego fatal recibe
con hazañerías mútuas.
Rompe por último el sello,
pero al leerlo se inmuta;
mira el pliego y á Saldaña,

y tiembla, vacila y duda.
Mas recobràndose luego,
dirigiéndose à su turba,
«prended al conde, soldados,»
les grita con voz segura.
—Traidor, ¿que me prendan dices?
esclama el conde con furia.
—Señor, el rey me lo manda;
la letra, la firma es suya.
—Tú mientes como villano.
—Conde! — Tamaña impostura!....
—Miradlo, conde, miradlo
para que no os quede duda,
que luego no podreis verlo
cuando la órden se cumpla.



CONCLUSION.

Resignado el triste conde
con su desdicha cruel,
viendo que nada es bastante
su verdugo á enternecer,
«cúmplase, dijo, el mandato
de mi señor y mi rey,
y Dios no quiera pedirle
cuenta de mi padecer.
Y vos cuando deis respuesta,
capitan, á ese papel
que fue la carta de Urías,
sierpe que al pecho guardé,
al rey D. Alfonso el Casto,
esto por mí le direis:
que su injusticia perdòno
y al que me ofendió tambien.
Que siempre noble y leal
esclavo fuí de su ley,
y que quisiera morir
en los combates por él.»

Aquí, con mortal congoja
que entonces ventura fue,
cayó Saldaña, y su rostro
cubrió mortal palidez.
Mas, del desmayo profundo
muy pronto le hizo volver
un hierro que penetraba
de su pupila al través.
Un ronco alarido exhala;
nada mas se oyó despues,
que sus sollozos ahoga
con orgullosa altivez.
Ya quedan sólo á Saldaña
en su amargo padecer,
tinieblas para sus ojos,
cadenas para sus pies.



EL MAESTRE DE ALCANTARA.



1434.

Ecija reposa envuelta
en el manto de la noche
y el cielo ya no dibuja
sus almenajes y torres.
Ni una luz al través brilla
de ventanas y balcones
que con misterio revele
desvelos, penas ó amores.
Arrebujada en la niebla
la altiva ciudad se esconde
y nada turba el silencio
en la mansion de los hombres.

No há mucho que el rumor triste
de las campanas y voces
asordaba la ciudad
con sus lúgubres clamores.
¿Cómo es que en silencio y calma
los gemidos no se oyen
de una hermosa que suspire
ni de una madre que llore?
¿No hay ojos donde una lágrima
de amor ó piedad asome,
por los que ayer sucumbieron
junto à la vega de Robles?
Alguna esperanza ocupa
estos yertos corazones,
ó al dolor resistir saben
con là dureza del bronce.
Mas ya el lúgubre silencio
misteriosamente rompen,
los pasos de los caballos
y de las armas el choque.
Ya por la anchurosa puente
marchan en silencio y órden
con D. Gutierre de Soto
adalid de alto renombre,
de Ecija los mas bizarros,
entre plebeyos y nobles,
ochocientos de á caballo
y cuatrocientos peones.
Pedro de Sotomayor

comendador de la órden
de Alcántara, Martin Chaus,
Juan Zayas, Diego Quiñones,
y otros ciento, cuyos hechos
la cristiandad reconoce,
contra el orgulloso moro
sedientos de sangre corren.
Tambien van à esta demanda
de Ecija, sus regidores,
que delante de sí llevan
sus invencibles pendones.
Ira y venganza respiran,
y caminando veloces
á carrera los de á pié
y los caballos à trote,
á cortas leguas de Archid
en las revueltas de un bosque,
brillantes los sorprendieron
del alba los resplandores.

II.

En las empinadas crestas
de las ásperas montañas
cuya gigante corona
sobre nubes se levanta,
cuya crespa cordillera,
que entre ambos mares enlaza,
culebreando se estiende

entre Córdoba y Granada,
fronteros de los cristianos
los moros de Guadix ándan
sobre los picos de piedra
ocultos en atalaya.
Por caminos y veredas
cautelosos se derraman,
ojos y oidos alerta
y á punto siempre las armas.
Y sin duda por la vega
señales distinguen claras
de que el temible enemigo
hácia los montes avanza.
Ràpida, pero en silencio,
corre donde quier la alarma
y á la esparrámada gente
al sitio del riesgo llama.
Ya asoman por el camino
las relucientes corazas
en que brillantes se quiebran
los resplandores del alba.
Se ven flotar los pendones
y removerse las lanzas,
y el movible serpenteo
de las hileras que marchan.
Hamet que sagaz lo observa
con risa de hiena, esclama,
« Alá, tu poder conózco!
á su perdicion se lanzan!»

Allí en efecto se abria
única senda trazada
entre dos montes altísimos,
áspera, estrecha garganta.
Apenas caben de frente
dos hombres, y la enriscada
cumbre, la senda domina,
y desplomarse amenaza.
En el bosque ha penetrado
toda la hueste cristiana
y á la sombra perezosa
tranquilamente descansa.
En tanto, Hamet, sus soldados
con arte coloca y maña,
para que ninguno escape
de la traidora celada.

III.

Brilla en la mitad del cielo
ardiente y límpido el sol
abrasando la campiña
con devorante calor.
En negligente abandono
sin miedo y sin precaucion
los de D. Gutierre duermen
sin mas custodia que Dios.
Pero el tiempo del descanso
pasa ràpido y velòz

y à nueva marcha se aprestan
el ginete y el peon.
Lúgubre silencio reina
en las filas, y el pavor
penetra en los corazones
con presentimiento atroz.
Entre los árboles gime
el viento murmurador
con estraña melodía
de triste y lúgubre son.
Los cuervos graznando, cruzan
el aire, y uno tocó
con sus fatídicas alas
de D. Gutierre el pendon.
No se escucha en las hileras
una queja ni una voz,
pero los semblantes lívidos
dan muestras de su temor.
Empero, no retroceden,
que fuerá mengua y baldon
cejar, cuando aquí vinieron
de los infieles en pós.
Solo al aspecto terrible
de aquella senda, un rumor
de espanto y desconfianza
por las filas circuló.
Pero el temor disipado,
juzgándolo sin razon,
por el angosto camino

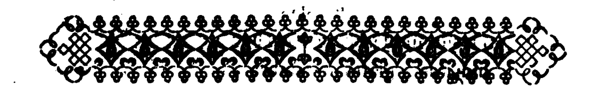
entraron de dos en dos.
Apenas toda la hueste
en la senda penetró,
se oyeron sobre la cima
voces de triunfo y rencor.
Y antes que de la sorpresa
volvieran, sobre ellos dió
la ya prevenida chusma,
sembrando la confusion.
Y sin gloria y sin combate
fueron en el trance atroz
sacrificados los bravos,
de la nobleza la flor.
Cayó Ponce; Diego Chaus
tambien herido cayó,
y muertos Alonso Robles
y Rodrigo de Leon.
Pedro Vela, el animoso,
el niño Diego Monroy,
que apenas cuenta tres lustros
y ya cuentan su valor.
Ruy Gonzalez de la Puebla,
el invencible, murió,
y el clavero de la órden
Diego Perez de Muñoz.
Y murió Diego Quiñones
herido de un pasador,
que penetrándole el pecho
tocóle en el corazon.

Y aunque Gutierre de Soto
con otros pocos logró
salvar, huyendo, la vida,
con fuga pronta y veloz,
no salvó, pardiez! su honra,
y fuéle mengua y baldon
no morir entre los suyos
cual cumpliera, con honor.

La nueva de este desastre
por toda España corrió,
causando en los corazones
desconfianza y pavor.
El rey D. Juan el Segundo
que en esta triste ocasion
visitaba en Guadalupe
su santa iglesia mayor,
cuando la infausta noticia
á sus oidos llegó,
tres dias vistió de luto
en muestra de su dolor.



**Una mora que la suerte
del conde compadeció**



LOS SIETE CONDES DE LARA.

> Sobrinos, los mis sobrinos,
> los siete infantes (1) de Lara,
> caro os costó mi disgusto:
> mal os fue en esta batalla.
> Si no tratárades mal
> á mi esposa doña Lambra,
> no muriérades así
> en los campos de Arabiana.
> Y ahora un medio morillo
> que vuestro hermano se llama,
> dice que me ha de matar
> y tomar de mi venganza.
>
> (ROMANCE ANTIGUO.)

En Burgos, ciudad antigua,
que manso riega el Arlanza,
de los condes de Castilla
inespugnable morada,

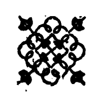
(1) Es un error suponer infantes á los siete hermanos, que no eran sino condes, ni podia ser otra cosa, puesto que hasta la muerte del conde D. Garcia, que fue asesinado en 1028 por los hermanos Velas, no alcanzó reyes Castilla.

en son de fiestas se escuchan
músicas, gritos y zambra,
y como un torrente, inunda
el pueblo calles y plazas.
Los hidalgos por el dia
juegan bohordos y cañas,
y el pueblo tendrá á la noche
sus bailes y luminarias.
Por todas partes se escucha
la bulliciosa algazara
con que la ciudad celebra
las bodas de doña Lambra.
D. Ruy Velazquez, señor
de Barbadillo y de Lara,
con ella en estrechos nudos
dos nobles ramas enlaza.
El gran duque de Castilla,
Garci-Fernandez, le ampara,
y es padrino en estas bodas
siendo deudo de su casa.
Reunida se halla en Burgos
la nobleza castellana,
que á los festejos acude
dando treguas á las armas.
Pero ante todos se notan
los siete condes de Lara,
sobrinos de Ruy Velazquez,
caballeros de gran fama.
Probados como valientes

en mil sangrientas batallas,
por su gala y bizarría
no menos en Búrgos campan.
Sangre de Nuño Rasura
sustentan, y sus hazañas
dan nuevo lustre al blason
de su ascendencia preclara.
Hijos son del noble Gustios
Gonzalez, que en cien campañas
fue ya gigante modelo
de aquella gigante raza.
Fama les dan de mañeros
en los juegos y las armas,
terribles en los combates,
hazañeros con las damas.
Todos su denuedo admiran
y su apostura bizarra,
en el juvenil ardor
de sus edades lozanas.
Ya se escuchan los clarines
que á los caballeros llaman
al juego de los bohordos:
todos corren à la plaza.
Allí fràgil y elevado
ver á su estremo se alcanza
un tablado, y alredor
el pueblo que se abalanza.
Entre todos, codicioso
del honor de esta jornada,

está Alvar Sanchez, hidalgo,
y primo de doña Lambra.
Es caballero valiente
que grandes fuerzas alcanza,
y en estos juegos, celebran
por todas partes su maña.
Mas hoy no le fue bastante
su destreza, que la lanza
del buen Gonzalo Gonzalez
el menor entre los Laras,
dió con el tablado en tierra,
siendo por su accion bizarra
envidia de los hidalgos,
y contento de las damas.
Alvar Sanchez, resentido
de que la accion le ganàra,
hirió el orgullo del mozo
con descorteses palabras.
Y de una en otra razon
hurtábanse la distancia,
los ojos brotando fuego,
las manos en las espadas.
Y si alli Gonzalo Gustios
y el conde no lo evitàran,
por sangre acabado hubiera
lo que comenzó por zambra.
Dividiéronse en corrillos
los que mezclados estaban,
y murmurando corrian

de boca en boca amenazas.
Las fiestas interrumpidas,
músicas y lenguas callan,
y del balcon mal contenta
levantóse doña Lambra.



II.

A pocos dias pasados
de las malogradas fiestas,
Ruy Velazques y su esposa
de Búrgos los muros dejan.
El alegre con su dicha,
triste y con pesares ella,
á Barbadillo llegaron,
de aquella ciudad dos leguas.
Y van con los desposados
deudos y amigos, que esperan
las fiestas de tornaboda
para desquitarse en ellas.
Pero doña Lambra està
melancolizada, inquieta,
y es razon que los demas
participen de sus penas.
Los rostros estàn de luto,
Velazquez se desespera,
y en Barbadillo, la paz
de los cementerios reina.
Los siete condes de Lara,
con ellos están, la deuda
pagando del parentesco,
y à par la de su tristeza.

Que son mozos y soldados
y la soledad los seca,
y de esta existencia helada
la quietud los desespera.
Una tarde que salia
doña Lambra por las huertas,
halló á Gonzalo Gonzales
y á sus hermanos en ellas.
Pálido el rostro volvió
con emocion manifiesta,
viendo á los alegres mozos
que à saludarla se acercan.
Contra Gonzalo Gonzàles
una mirada altanera
lanzó, que brotando saña
revelaba su impaciencia.
Afrontóla el noble jóven,
y con palabras discretas
en que el amor rebosaba,
su enojo aplacar intenta.
En vano, que doña Lambra
jamás olvida una ofensa,
y el ódio que arde en su pecho
de venganzas se alimenta.
Asi en opuestas razones
él amable, indócil ella,
en palabras se cruzeron
las iras y las finezas.
Separáronse por fin,

y una mirada siniestra
de doña Lambra, del jóven
heló la mirada tierna.
Llamando la dama á un page,
con cuidadosa reserva,
pidióle un cohombro, que en sangre
humedecido estuviera.
«Vé, le dijo, y al mas mozo
de mis sobrinos te acerca,
y lanzàndosele al rostro,
mànchale en sangre, y no temas.
Si te siguen, yo te amparo,
y si consigues su afrenta,
ya sabes que doña Lambra
á los que la sirven premia.»
Aunque pesaroso el page,
dirigióse hàcia las huertas
donde alegres divertian
los hermanos su tristeza.
Lanza à Gonzalo el cohombro:
de sangre el rostro le llena;
y la del mozo rebosa
con el dolor de la afrenta.
Corre tras del triste page,
y vueltos de su sorpresa,
tambien corren sus hermanos,
y ya al miserable cercan.
Jadeando y sin aliento
de la dama à los pies llega;

creyendo encontrar seguro
donde su muerte es mas cierta.
Pues irritados los condes,
con ira y con rábia ciega,
ni atendieron á gemidos
ni la voz de la prudencia.
Y allí la sangre del triste
borbota en líquidas hebras,
de doña Lambra manchando
la falda de blanca seda.
Ruy-Velazquez que escuchó
el alboroto, se acerca,
seguido de sus vasallos
que por todas partes llegan.
Al saber el triste caso,
à sus sobrinos afea
su ciego arrojo, y airado
matarlos allí quisiera.
Mas los otros caballeros
impiden que los ofenda,
y pasar mas adelante
mal, por cierto, le estuviera.
Por esta causa, procura
disimular esta ofensa
hasta que en otra ocasion
su intento conseguir pueda.
La dama puebla los aires
con alaridos y quejas,
que en el pecho de Velazquez

como puñales penetran.
El amor de su muger
al buen caballero ciega,
sin ver que es su propia sangre
la que derramar desea.
Asi, para consolarla
la jura que con sangrienta
venganza, la habrà de dar
satisfaccion de esta ofensa.
Y en el corazon guardando
sus intenciones siniestras,
à sus sobrinos sonríe
y à doña Lambra consuela.
Y aquel caso que despues
fue causa de tantas guerras,
de tantas muertes y daños
para la Castilla entera,
con escusas y razones
todos disculparlo intentan,
y pronto quedó olvidado
al menos en apariencia.

III.

Asi pasadas las cosas
y olvidado este alboroto
para la venganza instiga
la airada dama á su esposo.
Concertar al fin pudieron
para conseguirlo el modo,
que fue tan negro y villano
como era injusto su encono.
Al viejo Gustios Gonzalez,
padre de los siete mozos,
escojen primeramente
para blanco de sus odios.
Con una carta le envia
Ruy-Velazquez, en que al moro
Almanzor su muerte encarga
con secreto sigiloso.
Gustios, que nada sospecha,
sin mostrar miedo ni asombro
la noble mision acepta
con singular alborozo.
Que no conoce el temor
su corazon generoso,
y aqui hay honór y peligro

y Gustios ama uno y otro.
Era bizarro y galan
aun en sus cuarenta otoños,
sin que surcaran los años
su grave y moreno rostro.
La osadía de su alma
se revelaba en sus ojos,
y aun no agobiaban las armas
la firmeza de sus hombros.
Con varonil continente
caballero sobre un potro,
hácia Córdoba tomó
por el camino mas corto.
Eran los ardientes dias
en que el abrasado agosto
la dorada mies sazona
con su aliento caluroso.
Por esto y por evitar
algun imprevisto estorbo,
sabiendo que merodean
por el camino los moros,
con la oscuridad camina,
y al sesto dia gozoso
alcanzó en Córdoba á ver
flotar sus pendones rojos.
Por la ciudad atraviesa
con admiracion de todos,
y á las puertas del alcàzar
deja su alazan brioso.

Obtenida, en fin, la venia,
por aquel palacio, emporio
de riquezas, se adelanta,
sin dar señales de asombro;
y de sus rudas espuelas
al lento compàs sonoro
con largos ecos responden
los pavimentos de pórfido.
Delante está de Almanzor
el castellano orgulloso,
y el pliego de Ruy-Velazquez
entrega al valiente moro.
Tomóle el noble caudillo;
y una vez el sello roto,
con muestras de indignacion
quedó largo rato absorto.
Mas lanzando de su pecho
un gemido triste y ronco,
«el cielo lo quiere» dijo,
y mudó el semblante torvo.
Pocos momentos despues
en estrecho calabozo
guardado està el triste padre
con cadenas y cerrojós.
Y fue con él Almanzor
en verdad harto piadoso,
mas era como él valiente,
y era noble antes que todo.

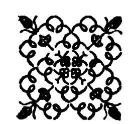
IV.

De Lara y de Barbadillo
cuando ya el sol amanece,
en confuso tropel salen
hasta seiscientos ginetes.
Cuatro mil son los de á pié,
bravos todos, que la suerte
de las armas ya han probado
en victorias y reveses.
Quien los manda es Ruy-Velazquez,
que con objeto aparente
de vengar del noble Gustios
la triste y sangrienta muerte,
en son de guerra tremola
sus estandartes, y entiende
entrar en tierra de moros
con el poder de su gente.
Los hijos del triste conde,
dispuestos á la lid siempre,
hoy los primeros acuden
sedientos de sangre y muerte.
Asi con ánimo y saña

la marcha atrevida emprenden
hasta pisar los linderos
de los llanos cordobeses.
Y á sangre y à fuego llevan
cuanto resistencia ofrece,
y cada vez màs se ensañan
en su còlera imprudente.
A cuatro leguas de Córdoba,
Albacar, castillo fuerte,
sobre una estensa llanura
alza su almenada frente.
Grande obstáculo y reñidos
combates ya se prometen,
mas solo y desmantelado
Albacar se rinde y cede;
y aunque tan fàcil victoria
por entonces los sorprende,
bien pronto á la admiracion
la confianza sucede.
Para guardar el castillo
y para segar las mieses,
alli deja Ruy-Velazquez
hasta sesenta ginetes,
y por capitanes de ellos
los siete mozos valientes,
con órden que à todo trance
esta posicion conserven.
Y asi, dejando á los condes
el riesgo tan inminente,

con su hueste vencedora
aprisa á Castilla vuelve.
De todo, por Ruy-Velazquez,
avisados los infieles,
de Córdoba luego salen
con muchedumbre de gente.
Y rodeando á Albacar
con fiero arrojo acometen
á los desdichados condes,
que con valor se defienden.
Tres dias asi pasaron
en lucha continua, y siempre
rechazados, revolvian
los moros otra y mil veces.
Al fin, los cuerpos cansados,
destrozados los arneses,
y muertos en los combates
la mitad de estos valientes,
entre poderosos grillos
gimen los varones fuertes,
de la cristiandad atlantes,
vendidos villanamente.
Mas ninguno de los condes
este baldon sufrir debe:
tres murieron combatiendo...
venturosa fue su muerte!
Los otros cuatro, rendidos,
con fin horrible perecen
bajo los golpes traidores

de sus verdugos crueles.
Conseguida la victoria
marchan las moriscas huestes
hàcia Córdoba, llevando
las cabezas de los siete.



V.

Gustios, aunque en ancha càrcel,
aliviadas sus prisiones,
los ojos vuelve á Castilla
desde su almenada torre.
Piensa en sus hijos, y teme
de Velazquez las traiciones,
y este desvelo le turba
con mil tormentos atroces.
La luz del sol le aborrece,
y sus sueños por las noches
cargados están de sombras
y sangrientas ilusiones.
Llegó al fin un dia... el pueblo
que por la ancha calle corre,
victoria! victoria! clama,
con desgarradoras voces.
Gustios se inmuta... y volviendo
los tristes ojos à donde
con bullicioso tumulto
avanza el pueblo en desórden,
ansioso la vista clava
en los moriscos pendones,

cuyas medias lunas brillan
del sol á los resplandores.
Ronco y profundo un suspiro
arrancó su pecho entonces,
y una lágrima de fuego
á sus ojos asomóse.
Pero de súbito, el rostro
del desesperado conde,
mudó con horrible espanto
de su rostro los colores.
De sus órbitas, los ojos
desencajados, absorve
un grupo de hombres valientes
maniatados con prisiones.
Y todos son sus vasallos,
y deudos: todos son nobles
de su Castilla, y valientes
de bizarros corazones.
Cómo es posible! qué lazo
les tendieron? Cómo ó donde
cayó vencido el denuedo
de sus soberbios leones?
Oh! sin traicion no es posible
que el valor de tales hombres
al musulman combatiendo
la orgullosa frente doblen.
Pero... qué ha visto en la plaza
el triste Gustios! qué voces
son esas que al alarido

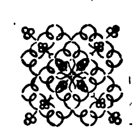
del triste padre responden ?
Tus hijos, tus hijos son,
Gustios! dicen los clamores
de la soldadesca impía,
gritando al pie de la torre;
y sobre las altas picas,
ensangrentadas, deformes,
llevan las siete cabezas
de los desdichados condes.
Postrado cayó su padre,
y desencajado, inmóvil
allí quedó sumergido
en sus tiranos dolores.
La plaza quedó en silencio,
ni una sola voz se oye,
que aquel grito ha penetrado
en todos los corazones.
Las que son madres, con llanto
à su dolor corresponden,
y... ¡fué crueldad! esclaman,
al retirarse los hombres.
Y tanto dolió á Almanzor
aquella tristeza doble,
en que el amor de la patria
al de sus hijos unióse,
que por calmar sus enojos
con ánimo grande y noble,
á Castilla le envió
ya libre de sus prisiones.

EPILOGO.

Y para acabar la historia
de esta villana traicion,
que en muchos años, de luto
á la cristiandad cubrió,
volvamos á las prisiones
donde el valiente Almanzor
guardó al desdichado Gustios
con cuidado y sin rigor.
Una mora que la suerte
del conde compadeció,
hermana del Alagib,
vino á verle en su prision,
y como diz que està cerca
de la piedad el amor,
la mora que era piadosa
en breve tiempo le amó.
Y luego, cuando ya Gustios
volvió á Búrgos, la pasion
de la niña enamorada
en la soledad creció.
Sintiéndose luego en cinta,

mas sin maldecir su error,
ocultólo largo tiempo
con cautela y precaucion.
Y arrojàndose por último
á las plantas de Almanzor,
con rostro y ànimo firmes,
pidióle muerte ó perdon.
Vive en paz, el grave moro
con reposo contestó,
que de tan buen caballero
no te deshonra el amor.
A màs que dudar no puedo
que asi lo permita Dios,
para dar al noble conde
en un hijo un vengador.
Guarda, Lindaja, en tu vientre
ese atrevido varon,
que ha de heredar de tu sangre
y de Gustios el valor;
la ardiente sangre africana
con sangre goda mezcló;
la fiereza de la hiena
con la audacia del leon.
Ese tomarà venganza
espantosa, de un traidor,
que infame, su propia sangre
por nuestros campos regó.
Y asi fué; pasados años
creciendo en cuerpo y valor,

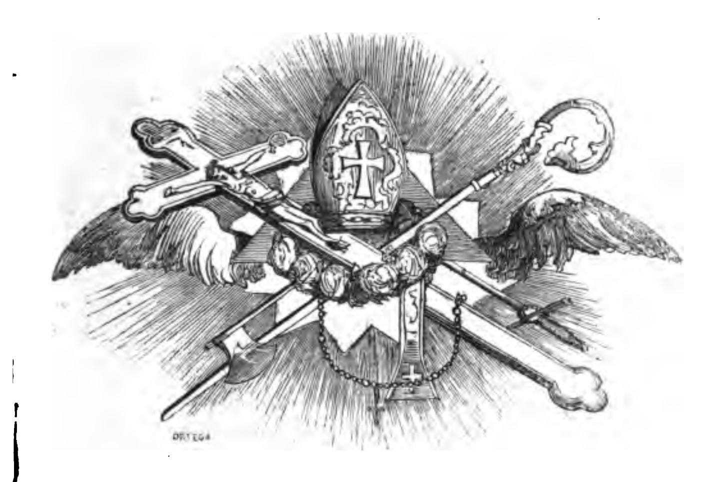
Mudarra vino à Castilla
y à Ruy-Velazquez retó.
Y con venganza, aun no tanta
como era el delito atroz,
con muerte de ambos esposos,
à sus hermanos vengó.

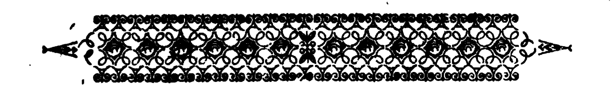


LUZ Y TINIEBLAS.

PARTE SEGUNDA.

POESIAS VARIAS.


ORTEGA



LA MUERTE DE JESUS.

Stabat mater dolorosa
juxta Crucem lacrymosa
dum pendebat filius.

La sangre del pacífico cordero
de sus heridas desgarradas brota,
empapando el santísimo madero,
ó al suelo destilando gota á gota.

Sus yertos miembros convulsivos, baña.
Baña sus ojos con amor tranquilos,
y manantial de profusion estraña,
salta del corazon cuajada en hilos.

Y allí á sus pies la madre dolorosa,
en hondo suspirar exhala el alma

sin que la voz del hijo cariñosa
vuelva à su pecho la perdida calma.

El hijo hermoso, cual ninguno amado,
y en sus santas entrañas concebido,
en la sangrienta cruz muere enclavado
de los tirantes brazos suspendido.

Oh! bien fué menester tanta firmeza
que superase à la constancia humana
para morir sufriendo sin flaqueza
esos dolores de pasion tirana.

Quisiste con tus bondades peregrinas
que ultrajasen tus miembros macerados,
que fueran nuestros yerros tus espinas,
y amargasen tu sed nuestros pecados.

Era preciso que del hombre ciego
arrostrases asi la saña loca,
é implorases por él con alto ruego
de herida atroz por la sangrienta boca?

Qué! tan grande la culpa primitiva,
y tan inmenso fue nuestro delirio
que à labar la fatal mancha nociva,
solo bastó tan sin igual martirio?

Mas ay! que el mismo Dios apenas puede
à nuestra carne fràgil amarrado,
à su tormento resistir, y cede
al peso de sus ansias agobiado.

Y sin que tal dolor tan infinito
desconsolado á contener ya baste
al fin esclama con agudo grito:
«Padre! padre! por qué me abandonastes?»

Sonó su escelsa voz, y las estrellas
su luz encapotaron importuna,
y entre nubes envuelta como aquellas,
tambien es fama que osciló la luna.

Y saltaron de súbito los montes
à impulso de la horrible sacudida,

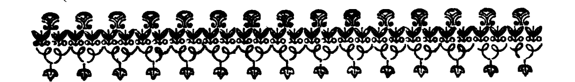
y la tierra cien veces conmovida,
otras ciento cambió sus horizontes.

Asi murió Jesus; tembló la tierra;
encontradas las piedras se chocaron,
los elementos publicando guerra,
por el mundo su saña pasearon.

Se abrieron los sepulcros, y asombrados
vieron la luz los que en la paz dormian
de sus frias moradas, encerrados,
y que á vida sin fin ahora volvian.

Porque con sangre del Señor lavada
la culpa fue que sujetó à la muerte
por largo tiempo el ánima angustiada,
y hoy se levanta poderosa y fuerte.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .



LAMENTACION

DEL

PROFETA JEREMIAS.



¿Cómo está solitaria,
sentada, la ciudad de pueblo llena?
¿Por qué asi tributaria,
revuelve su cadena,
la antes señora, con amarga pena?

De noche gota á gota
sus mejillas las lágrimas bañaron,
y mientras el llanto agota,
los que su amor gozaron,
ó ya enemigos son ó la olvidaron.

Judà siguió el camino
de la afliccion, con pueblo numeroso;
pero el furor divino
siguióla poderoso
en donde quiera que buscó reposo.

Sion està de luto:
de sus solemnes fiestas nadie cura,
y en funeral tributo
llora con amargura
su desflorada, impúdica hermosura.

Ay! porque están desiertas
sus sendas, otro tiempo bulliciosas,
destruidas sus puertas,
y humilladas, llorosas,
sin aseo sus vírgenes hermosas!

Y con ávidos ojos
á sus contrarios mira enriquecidos
con sus propios despojos,
y sus hijos queridos
à duro cautiverio sometidos.

Porque Dios enojado
habló contra Sion, y á la luz clara
la presentó indignado,
sin afeites la cara
porque su torpe liviandad mostrára.

Ya perdió su hermosura
la hija de Sion: sus estragados
príncipes sin ventura,
por do quier acosados,
delante fueron con rigor llevados.

Jerusalem cautiva
está los tristes dias recordando,
en que ufana y altiva
se arrulló en gozo blando
de su ignominia en el placer nefando.

Y asi fue, que sobre ella
cayó enemiga mano asoladora,
sin duelo á su querella,
y hoy que cautiva llora,
es mancillada la que fue señora.

Grande fue su pecado !
por eso su poder fue descendiendo,
por eso la han mofado,
su abatimiento viendo,
y ella por eso se volvió gimiendo.

Mira, Señor, mi pena:
no ya de tus bondades desechada,
á mi dura cadena
eternamente atada,
permanezca en los siglos olvidada.

El terrible enemigo
cruel me despojó de mi riqueza
y me arrancó à mi abrigo,
y con negra torpeza
profanó de tu templo la grandeza.

Mi pueblo està gimiendo,
que el hambre fiera con rigor le acosa;
y en su infortunio horrendo,
ni duerme, ni reposa,
vuelto hácia tí con ánima afanosa.

Por pan sus joyas dieron
mis hijos, oh, Señor! asi la vida
mezquina entretuvieron!
Mira tu hija querida,
soberano Señor, envilecida!

O vosotros que acaso
por delante pasais de mi camino,
tened, tened el paso,
decidme si hay destino
como el que sufro con rigor contino.

Porque fuí vendimiada
y el Señor en el dia de su ira
dejóme abandonada,
y mi pueblo delira
en abismos de escándalo y mentira.

De lo alto llovió fuego
y calcinó mis huesos, con red dura
que puso à mis pies luego,
agravó mi amargura
inundando mis dias de tristura.

En vela estuvo el yugo
de mi maldad; por esto el soberano
Señor, à mi verdugo
me entregó por su manó,
y ya procuro levantarme en vano.

Quitóme mis magnates:
al tiempo contra mí llamó irritado
y sufrí sus embates!
El mosto regalado
para la vírgen de Judá he pisado.

Por eso estoy sin calma
porque huyó de mis ojos el consuelo
que convierte mi alma.
Prevaleció en su celo
el terrible enemigo de mi suelo.

Sion tendió sus manos
demandando piedad la desdichada,
y solo halló tiranos,
y ahí está desolada,
Salem, con propia sangre amancillada.

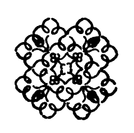
Yo provoqué su rostro
á ira ! justo es Dios ! Ahora sus huellas
adorando , me postro ,
porque oigo las querellas
de mis cautivas míseras doncellas.

Demandé á mis amigos,
y ellos viles, infieles me engañaron,
de mi dolor testigos.
Los que el templo habitaron,
hambrientos por do quier se desbandaron.

Estoy atribulada,
contristado mi vientre està, Dios mio,
fuera mata la espada,
y en mi albergue sombrío
màs fiero mata mi dolor impío.

Oyen que estoy gimiendo
y no hay quien me consuele : el enemigo
está mi queja oyendo,
y yo tus pasos sigo
por ver si vuelves, y mi paz contigo.

Destrúyelos, clemente
alto Dios, como à mí me destruiste!
Vuélvete á mí indulgente,
que ya harto tiempo oiste
de mí amargo dolor la queja triste.





ARREPENTIMIENTO.

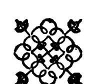
Señor omnipotente,
à cuyo trono escelso
del corazon del hombre
alcanza mudo el ruego,
tú que sobre las nubes,
en el espacio inmenso
de la creacion, afirmas
tu soberano asiento,
y de tu ser divino
inundas, Dios supremo,
los aires y los mares,
los astros y los vientos;
escucha, ¡oh Dios clemente!
del hombre triste y ciego

que te ofendió insensato,
el funeral lamento.
No mandes à tus àngeles
que con tupido velo
la faz del cielo encubran
para mostrar tu ceño.
Deja que alegre brille
con trémulo reflejo
esa legion divina
de estrellas y luceros.
Deja que el sol ardiente
brille puro y sereno
de vida y de alegría
magnífico venero.
Y si tu faz se nubla,
divino Dios eterno,
y tu furor proclamas
con el clamor del trueno,
deja que entre las nubes
con cárdeno destello
anuncien los relàmpagos
de tu mirada el fuego.
Porque antes quiero verte
padre inmortal, severo,
que perder en las sombras
las luces de tu cielo.
La oscuridad, la niebla,
me aterran, y las creo
abortos misteriosos

del tenebroso infierno.
Amo la luz*, y el alma
con plácido embeleso
la juzga, de tus ojos
raquítico reflejo.
Padre inmortal, no cubras
tu rostro de ese velo:
déjanos verte airado...
verémoste à lo menos.
Y si mis negras culpas
ya tanto te ofendieron
que castigarme quieres
sin que te ablande el ruego,
muera yo, padre mio,
y alumbre mis tormentos
la luz de la esperanza
con inmortal destello.
Señor, Señor divino,
que de este grande imperio
universal monarca,
habitas tierra y cielo!
yo por tus altas obras
en tu existencia creo,
por una voz divina
que grita aqui en mi pecho.
Y á par que te conozco,
¡oh Dios! tus iras tiemblo,
y mis dolientes palmas
para implorarte vuelvo.

Son tantos mis pecados,
tanto mis ojos ciegos
de tu celeste lumbre
privados estuvieron,
que no hay harto castigo
ni angustias y tormentos
que espien de mi alma
los torpes devaneos.
Por eso, despeñado
en el abismo horrendo,
dorando mis errores
desconocerte quiero.
Mas la tenaz conciencia
con interior desvelo,
delante de mis ojos
está cada momento.
Ese terrible arcàngel
que con airado ceño
mi corazon desgarra
para mostrarme el cielo,
por todas partes vaga,
por donde quier le veo
mostràndome mis culpas
con inflexible empeño.
Y una voz misteriosa,
con alarido seco,
hay un Dios, me repite
una vez, y otra, y ciento.
La duda que antes era

mi proceloso infierno,
huyó despavorida
ante esa voz de hielo.
Ya temblando me postro
y tu poder confieso,
oh Dios! lo que fue duda
es ya arrepentimiento.
Asi mis tristes ojos
por tanto tiempo ciegos,
eternamente gocen
de tu esplendor eterno!



FRAGMENTO.

¿Por qué el consuelo dulce
del bienhechor beleño
que mi pesar aduerme
belais con tal rigor?
¿Por qué turbais la calma
de mi tranquilo sueño,
fantasmas de la noche
que abulta mi temor?

¿Por qué infestais la atmósfera
con vuestro aliento impuro?
¿Por qué vestís la luna
con lívido capuz?
Dejad que en ese espacio
mefítico y oscuro,
derrame alegre el cielo
su bienhechora luz.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Dejad que de las flores
el trémulo incensario
perfume con aromas
de indefinible olor,
las auras silenciosas
del místico santuario,
abierto á la inocencia,
cerrado al pecador.

¡Sublime altar del mundo,
para el que Dios enciende
la luna bienhechora
y el rutilante sol,
y el cielo, en pabellones
su velo azul estiende,
pintado con colores
de límpido arreból!

¡Templo maravilloso
por cuyo espacio inmenso
torrentes de armonia

derrama la creacion,
y eternas espirales
de misterioso incienso
que envuelven de dos mundos
la mística oracion!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

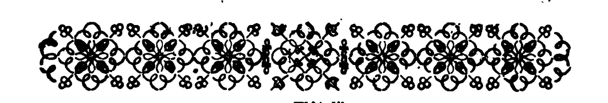
Reid con vuestros cantos
de eterna melodía,
sonoras vibraciones
del aura matinal!
Inmensurables órganos
de angélica armonía,
que paz brotais y amores
en mágico raudal!

Ay tristes los que gimen
en noche tenebrosa,
los ojos fascinados,
y esclava la razon;
y pisan del pecado
la senda peligrosa,

de amargos sentimientos
bañado el corazon!

Ay de esos que negaron
tu espíritu divino,
rey santo de los reyes,
cordero de la cruz!
y de la duda cruzan
el àspero camino,
sin esperanza el alma,
y el porvenir sin luz!





Á LA VÍRGEN MARÍA.

Vírgen, madre de Dios! reina del mundo,
de querubes y arcángeles señora,
oye el acento de dolor profundo
con que la tierra tu favor implora!

Tú que al santo Cordero alimentaste
en tu seno feliz, vuelve tus ojos
á este mundo en que humana vejetaste,
à este valle de lágrimas y enojos.

Tú, que el palacio azul de las estrellas
dichosa habitas con tan gran fortuna,

y por trono á tus pies triunfante huellas
el óvalo esplendente de la luna!

Por tí nuestra esperanza resucita,
y no hay consuelo que en tu amor no encuentre.
Santa madre de Dios! tú eres bendita,
y bendito es el fruto de tu vientre.

De ese tremendo Dios de las venganzas,
á quien ciega ofendió nuestra malicia,
tú que sus iras á templar alcanzas,
templa, oh madre! el rigor de su justicia.

Desarma con amor su diestra mano
que el rayo vengador con ira apresta;
no dejes que su brazo soberano
descargue al fin su cólera funesta.

Porque à tí te ama Dios, y bienhadada
fuiste por él sin mancha concebida.
Oh vírgen entre vírgenes buscada!
por hermosa entre hermosas escogida!

Tú en la negra afliccion de nuestras almas
uncion derramas de inmortal consuelo,
y nuestro error plañendo, con tus palmas,
benigna imploras al Señor del cielo.

Salve! salve mil veces, peregrina,
y bienaventurada, y bienhechora!
Oh! reina de las vìrgenes, divina!
Oh santa! de los geles señ ora!

Prosternado ante tí, mi error condeno:
vuelto à tu amor, maldigo mi pecado:
deja que luzca para mí sereno
el dia de mi muerte, deseado.

Y ya al pisar los últimos abrojos
de esta maldita senda peligrosa,
haz que ilumine espléndida mis ojos,
de tu piedad la antorcha luminosa.

Véate yo, Señora, y de esta suerte
al término feliz de mi existencia

bendeciré pacífico mi muerte
sin dudas que desgarren mi conciencia.

Salve! salve mil veces, peregrina,
y bien aventurada, y bienhechora!
Oh! reina de las vírgenes, divina!
Oh santa! de los ángeles señora!



ORACION DEL PROFETA JEREMIAS.



Ay ! de tus hijos , Señor , te apiada
en esta mísera cautividad !
estraños pisan nuestra morada
y es de estrangeros nuestra heredad.

A nuestras cuitas ruégote acudas ,
sin padre estamos , supremo Dios ,
y nuestras madres como viudas
sus mános tuercen rogando à vos.

La sed ardiente que me fatiga ,
á precio de oro , Señor , templé ,

ay! y hasta el fuego que nos abriga
tambien á precio comprado fué.

De las cervices fuimos llevados
con duros hierros por mas baldon;
los tiernos niños y los cansados,
no hallaron tregua ni compasion.

Porque pecaron nuestros mayores
que ya en la tumba durmiendo estàn,
de mil tormentos desgarradores
llevan sus hijos el duro afan.

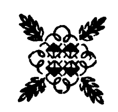
Su sien doblaron los varoniles
altos guerreros de tu Sion,
y desde entonces, los siervos viles
de sus señores, señores son.

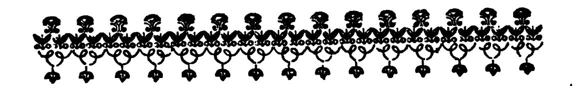
¿ Qué no sufrimos? à sus placeres
honor y tàlamo manchharon ya,
torpes hollaron nuestras mugeres
y nuestra afrenta mirò Judà.

Los altos príncipes colgados fueron;
No respetaron la ancianidad,
y los mancebos allí murieron
al leño atados con impiedad.

Por eso miras hoy tan desiertas
las dulces danzas del tañedor:
por eso falta de nuestras puertas
el pobre anciano su guardador.

Murió por siempre nuestra esperanza
al par que aumenta nuestra afliccion:
luto y tristezas es nuestra danza;
faltó ya el gozo del corazon.





EL LIRIO AZÚL.



No escondas, hermosa,
velando la frente,
la làgrima ardiente
que nubla tu faz.
No escondas el rostro
do en tristes dolores
se pinta de amores
el fuego voráz.

Jamás tu hermosura
lució tan ufana,
brillante y galana
al sol de tu amor,

como hoy que se nubla
la luz de tus ojos
con tristes enojos
de llanto y dolor.

La càndida rosa
que ruda y sencilla
feliz siempre brilla
llenando el vergel,
de alegre amor símbolo,
tal vez engalana
la frente liviana
de cónyuge infiel.

Oh! cuànto mas pura
el alma enagena
la blanca azucena
su seno al rasgar.
Benéfica adorna
sin pérfido aliño,
la cuna del niño,
la tumba, el altar.

Su aroma suave
pacífica ofrece

al viento que mece
su cáliz azul;
  y muere y se agosta
si el cielo enlutado
descoge callado
su velo de tul.

De tanta belleza
un dia es la vida:
quemada y batida
del viento y del sol,
  contempla cuál pierden
con tristes congojas
sus cándidas hojas
el puro arreból.

Y asi por mas triste,
por mas desdichada
se agosta olvidada
la tímida flor;
  y en vano, del alma
sublime consuelo,
recibe del cielo
su terso color.

Dejemos que ostente
la rosa galana
su frente liviana
de rojo coral,
en tanto que aliente
su vida precaria
la flor solitaria
del seco arenal.

Mírala en el hondo
desierto, sombrío,
sin sombra ó rocío
plegando su faz!
No ves cuál sedienta
tal vez se estremece
si el soplo la mece
del aura fugaz!

Ay, flor olvidada!
si el alba te niega
la lluvia que riega
la flor del vergel,
permite á los ojos
del triste, que en tanto
te bañe con llanto
de pena cruel.

Ve niña, y tus lágrimas
la bañen el seno,
si bien de veneno
las lágrimas son.
Mas qué al lirio triste
su amarga cicuta,
si un hora disfruta
de calma y pasion?

¿Delirio lo juzgas?
no, niña! las flores,
sus dulces amores
arrullan tambien.
Se besan, se enlazan,
y en dulce coyunda,
amor las fecunda
posando en su sien.

Ay! posa tus labios
del lirio en la frente
ó al seno turgente
la prende mejor.
Asi cuando corran
al seno esas perlas,
podrás recojerlas
sedienta de amor.

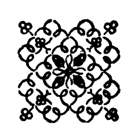
¿Qué importa si agosta
tu lágrima ardiente
su infancia riente
que al fin perderá?
¿Qué quema esa tinta
que azul la arrebola,
si no muere sola,
si à tu lado está?

No escondas, oh niña
tu amante martirio!
la rosa y el lirio
ejemplos te dan.
¿Cuál vale à tus ojos,
la que el alba adora,
ó bien la que llora
su inútil afan?

Pues bien, ese fuego
que asoma à tus ojos,
de rudos enojos,
incendio fatal,
tu afan solitario
de intenso delirio...
asi de ese lirio
la suerte es igual.

Por triste le busca,
y goza en su encanto;
yo niña, entretanto
la busco tambien.

Tal vez nos hallemos
buscàndola un dia...
quién sabe, alma mia!
quizà por mi bien.





RECUERDOS.

Volved alegres sueños
que de mi edad primera
las gratas ilusiones
besabais con amor.
¿Por qué sin vuestro encanto
en mi desdicha fiera
ensueños dolorosos
me asaltan con horror?

¿Por qué la paz tranquila
de mi tranquilo pecho
cual disipada niebla
huyó de mí fugaz?
¿Por qué desde que gimo

en triste amor deshecho
no hay para mí ventura,
no hay para el alma paz?

Oh! nunca por mi daño
tus límites pisára,
infierno de la vida,
inquieta juventud!
Y antes que mi inocencia
veloz se disipàra,
durmiera yo en la tumba
con eternal quietud.

Volad mis pensamientos
en alas de la mente,
y mis recuerdos vagos
de Elisa, acariciad.
Y como luz hermosa
de lampo refulgente,
mostradme los hechizos
de su infeliz beldad.

Aquel amor sin celos,...
sin penas ni amargura;

aquel afan sencillo
del blando corazon,
todo era en ella dulce,
perfecta su hermosura,
sus ojos apacibles,
tranquila su pasion.

Pero murió, y yo ciego
en tempestad violenta,
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.
Y en procelosa noche
la bàrbara tormenta,
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

¿Por qué, oh verdad! rasgastes
los misteriosos velos
de aquellas ilusiones
de plácida ficcion;
mentidos paraisos
y nacarados cielos,
era mentira y humo
vuestra feliz mansion?

Aquellas esperanzas
que el alma concebia
al penetrar del mundo
por el fatal dintel,
todo desvanecido
con el dolor de un dia
irrita los tormentos
de mi pasion cruel.

El corazon gastado
de dulces sensaciones
sus férvidas tormentas
se goza en arrostrar.
Y para mas congoja,
mis blandas ilusiones
la realidad horrible
se afana en desgarrar.

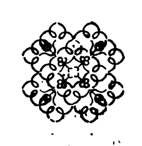
Huyéronse livianas
las nubes vaporosas
que el claro sol cubria
de purpurado tul.
Y ya negras tinieblas
de sombras temerosas,
del limpio cielo empañan
el trasparente azul.

Y pasa un dia y otro,
y sin cesar me pierdo
por la gastada senda
de lo que ya no es.
Y voy, arrebatado
en su inmortal recuerdo,
sus huellas deliciosas
borrando con mis pies.

Sin porvenir, sin gloria,
desesperado gimo,
esclavo de la vida
en la prision servil.
Mis dias se resbalan,
y solo y sin arrimo,
la muerte pido al cielo
con ansiedad febril.

A dios, recuerdos tristes
de mi fugaz ventura,
á dios, afan sencillo
del blando corazon!
Perdìlo todo á un tiempo,
su cándida hermosura,
sus ojos apacibles,
su tímida pasion.

Murió, murió, y sin calma
en tempestad violenta
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.
Y en procelosa noche,
la bàrbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.





LA LUNA.

Astro divino,
que tristemente
nuestro destino
velando estás!
Ya tras los montes
tu faz velando
sus horizontes
bañando vas.

Dulce tercera
de los amores,

do reverbera
la luz del sol,
tente y albora
mi vista ardiente,
que el brillo adora
de tu arreból.

No ya en la cumbre
de otras montañas
tu clara lumbre
quieras mostrar;
ni ya te escondas
fanal divino
contra las ondas
del ronco mar.

De los que en llanto
bañan sus ojos,
tú eres encanto,
colmo y solaz.
De los felices
eres consuelo:
todo en el suelo
te debe paz.

Blancas estrellas,
aureos lucéros,
siguen tus huellas
do quiera vas:
Y tú, divino,
astro fulgente,
nuestro destino
velando estàs.

Astro inefable
que el curso sigues
de la mudable
humanidad,
en ti el reflejo
del sol se baña,
divino espejo
de su beldad.

Eres lumbrera
de esos alcàzares
do el hombre espera
su salvacion?
¿Eres el faro
que al hombre enseñas
el santo amparo
de esa mansion?

Di ¿ por qué apaga
tu luz radiante
de sombra vága
negro capuz?
¿Qué nuevo mundo
si nó te oculta
del sol fecundo
la ardiente luz?

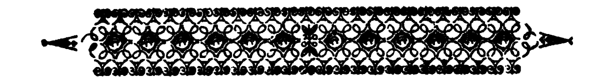
¿ Mas qué me importa
tan hondo arcano ?
mi vista absorta
se baña en tí ,
y mientras brilla
tu faz serena ,
no hay duelo ó pena
que labre en mí.

Hubo algun dia ,
celeste faro ,
que el alma mia
te desdeñó ,
porque otra antorcha
mas refulgente
con brillo ardiente
me deslumbró.

Mas mi esperanza
cayó marchita;
cual tú mudanza
sufrió mi amor,
y á tí mis ojos
volvieron tristes
y sus enojos
calmó el dolor.

Salud, divino
astro fulgente,
que mi destino
marcando vas.
Ya tras los montes
tu faz volando,
sus horizontes
bañando estás.





ROMANCE.



EL INVIERNO.

Mira, Elisa, ya los montes
de triste vapor se cubren,
y las tímidas ovejas
hácia los oteros huyen.

El valle, que antes del lirio
ornó la frente voluble,
hoy viste manto de escarcha
en vez de galas azules.

No ya el cielo transparente
su limpia atmósfera pule
con los rayos luminosos
del sol que brilla en su cumbre.

Hondamente tenebroso,
hora con pavor le encubre,
entre misteriosos pliegues
su negro manto de nubes.

Ya no hay flores; ya pasaron
las claras tardes de octubre,
como del ardiente estío
pasaron las noches dulces.

Cual pasó la primavera
con sus galas y perfumes;
como pasa nuestra vida
que à breves instantes huye.

Pero en cambio, si no hay flores
que nuestros ojos adulen,

si no hay aroma que embriague
ni claro sol que deslumbre.

Aun puede la vista ansiosa
clavada en el cielo inmune,
contemplar las tempestades
que por su seno discurren.

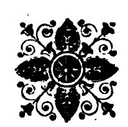
Deslumbrarse al triste brillo
del relámpago que luce
una y otra vez al choque
de las encontradas nubes.

Puede escuchar el oido
el ronco trueno que muge
cuando la pesada atmósfera
su larga opresion sacude.

Sublime voz! más hermosa,
y á mi corazon mas dulce,

que el arrullo melodioso
de los céfiros volubles!

Oh! vuelve á sonar! tu acento
que audaz y sin freno ruge,
rompa el seno de los aires
y al mar proceloso abrume.



ZULIMA.

ROMANCE MORISCO.

con banderas y cautivos
que batallando ganó.
De Boabdil esperanza,
de todos admiracion,
creciendo va su fortuna
en corto tiempo veloz.
¿Mas por qué de sus mejillas
se vé apagado el color?
¿Por qué bajo de su cota
palpita su corazon?
¿Tal vez en lid peligrosa
la victoria le negó
su amparo? ¿vuelve vencido
por el esfuerzo español?
Tantos héroes tan valientes
sucumbieron al valor
de las huestes castellanas
en el combate feroz!
Tantas nefandas auroras
en el oriente lució,
para mengua de Granada,
nublado y sangriento el sol!
Mas no: Almanzor no viniera
vencido, ni al deshonor
de su derrota, añadiera
de los suyos el baldon.
Vuelve, porque el triste moro
muere de angustia y dolor,
traspasado de los celos
:

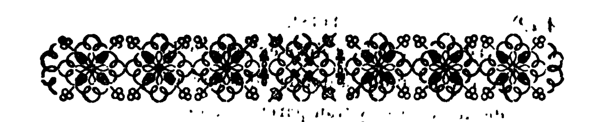
con el venenoso arpon.
Zulima, la hija de Zaide,
la que al partir le juró
eterna fé, ya le olvida—
le olvida por otro amor.
Pero Almanzor ha jurado
en el nombre de su Dios,
que el que logró arrebatarle
de su Zulima el amor,
ha de arrancarle su imágen
del fondo del corazon.

para otro amante guardabas?
Donde en la tranquila noche
arrebatada en las alas
de misteriosos ensueños
tan puros como tu alma,
esposa tierna creias
entretener al que amas
con abrazos voluptuosos,
con caricias regaladas?
Y ahora, á la verdad despierta,
sometida á tu desgracia,
vas à ser de ese africano
brutalmente profanada!
Llora! llora, pobre niña!
y alienta con la esperanza
de que vida tan horrible
no querrá Dios que sea larga.
Cubierta de largos velos,
abrumada con sus galas,
entró la afligida virgen
en la iluminada estancia,
y paseando sus ojos
en derredor de la sala,
que en miradas centelleantes
su torcedor revelaban,
en un moro los clavó,
que con la frente inclinada,
en un rincon, parecia
que dormia ó meditaba.

La palidez de Zulima
trocóse en subida grana,
aunque mirar no ha podido
del noble moro la cara.
Pero es Almanzor: su instinto
à los amantes no engaña,
y el amor como el aroma,
mal encerrado, se exhala.
Aquella altiva cabeza
agora tan triste y baja,
horribles penas de amor
à Zulima revelaba.
¿Mas qué trae aquí? sus celos
de tal manera le abrasan,
que su razon ofuscando
à su perdicion le arrastran?
¿No sabe que en vano quiere
de su yugo libertarla,
que es Farax muy poderoso,
y él solo tiene su fama?
Pero Almanzor está inmóvil,
ni sus ojos se levantan
para mirarla, ni cuida
de la ceremonia santa.
Solo se vé que acaricia
su cortante cimitarra,
pero en él es ya costumbre
que á nadie admira ni espanta.
Solo la hermosa doncella

CONCLUSION.

A otro dia partió el moro
y en presurosa jornada
llegó al campo, do lucian
las enseñas musulmanas.
Diez dias duró la lucha
con mútuo empeño obstinada
por desesperados unos,
los otros por esperanza.
Pero en el décimo dia,
quien en Alhama buscára
sobre sus muros, el signo
de la redencion cristiana,
la menguada media luna
en su lugar encontrára,
que del dichoso Almanzor
la felicidad proclama.



A LA REINA

DOÑA ISABEL II.

Ven al trono español, niña inocente,
de libertad y union precioso emblema!
Ven y coloca en tu tranquila frente
tu envidiada magnífica diadema.

Ese trono, Isabel, y esa corona,
del amor de tus pueblos rica herencia,
tuyos serán, que tu horfandad te abona,
y te abona tu cándida inocencia.

Oh! y es bello reinar en este suelo
rico y fecundo, à donde Dios envia
desde su terso y transparente cielo
torrentes mil de màgica armonía.

Donde de mil proezas las señales
entre flores á par, el suelo brota,
y rebosan memorias inmortales
desde los tiempos de su edad remota.

Aquí fulmina el sol benigna y pura
la ardiente luz de sus divinos rayos:
aquí tuvieron cuna y sepultura
los Bernardos, los Cides y Pelayos.

No te recordarémos de esta tierra
hechos sin fin, para ensalzar su gloria;
mas no olvides jamás de nuestra guerra
la desdichada aunque gloriosa historia.

Recuerda, sí, los tenebrosos dias
de amarga asolacion, de luto y llanto:

lee, pues, esas páginas sombrías
que el triste corazon cubren de espanto.

Toda esa historia de recuerdo eterno,
larga, y terrible, y bárbara agonía,
que cual plaga abortada del infierno
rasgára el seno de la patria mia.

Tu pueblo la arrostró; pueblo gigante
que en el tendido valle y la alta peña,
venciendo á tus contrarios, arrogante,
del uno al otro mar, llevó la enseña.

Ese pueblo inmortal, que tan sereno
tu pendon en las lides enarbola,
ese, Isabel, te abrigará en su seno,
viéndote niña, inofensiva y sola.

Es verdad que sin fin gritos de enojos
aún arranca el dolor à las heridas,
y làgrimas que abrasan nuestros ojos,
largo tiempo en el pecho comprimidas:

Que en premio á tanto afan, ingratos reyes
à este pueblo impertérrito ultrajaron,
y en el sagrado altar de nuestras leyes
nuestras mas santas leyes profanaron.

Mas tú no temas que el feroz encono
de la venganza junto à tí se siente,
ni que arrastre jamás tu altivo trono
de las discordias el fatal torrente;

Que aunque el dolor su corazon taladre,
y el sentimiento de su mal la aflija,
la España desde hoy màs es ya tu madre
y en su manto de duelo te cobija.

Á ISABEL II.

No mas de discordia
los gritos se oirán:
tu nombre es emblema
de amor y de paz.

1.ª

Bien hayas, oh niña
pacífica y bella!
benéfica estrella
del suelo español!
Los buenos acatan
tu dulce semblante,
cual Iris radiante
de limpio arreból.

2.ª

Tu nombre en las lides
fué el grito de guerra:
por él esta tierra,

se alzó à pelear,
y hoy suena tu nombre
con grata esperanza,
señal de bonanza,
misterio de paz.

3.ª

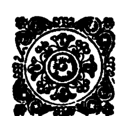
Contempla á esos bravos
que libres y fuertes
supieron mil muertes
sin miedo afrontar.
Por tí combatieron
la hueste enemiga,
con larga fatiga
de ejemplo sin par.

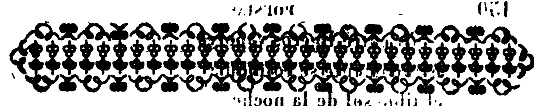
4.ª

Son esos los fuertes
que à España salvaron
y el trono afirmaron
con sangre leal,
y aun llevan escritas
al pecho sangriento,
hazañas sin cuento
con marca fatal.

5.ª

Horribles clamores
tu infancia arrullaron,
y á España inundaron
de duelo y temor;
mas hoy nace el Iris
de calma y ventura,
tras noche insegura
de espanto y dolor.





DUDAS.

De negras sombras cubierta,
temerosamente oscura
encapotada la noche
condensa el aire y la abruma.
No resplandece en el cielo
la pálida luz confusa,
de esas perennes antorchas
que nuevos mundos alumbran.

Ni entre ligeros vapores
blandamente se columpia
el tibio sol de la noche,
la melancólica luna.

Entre aplómados celages
medrosamente se ocultan
los magnìficos luceros,
con su brillantez sulfúrea.

Solo el resplandor sangriento
de algun relámpago, sulca
de ese abismo de tinieblas
las cavidades profundas.

Triste imágen de la nada,
fria, tenebrosa y muda,
duerme la naturaleza,
presa de llorosa angustia.

Los ecos dormidos callan,
los céfiros no murmuran,

y los tachones del cielo
entre vapores se anublan.

Y asi, cuando todo duerme,
sobrecogida en sus dudas
se pliega el alma asombrada
bajo el terror que la abruma.

Y al ver pasar lentamente
las tristes horas confusas
hácia el abismo insondable
do la eternidad se oculta,

Con pavorosos ensueños,
la imaginacion fecunda,
tristes y aéreos fantasmas
en los espacios dibuja.

El corazon comprimido,
la venenosa cicuta
de sus dudas espantosas
en vano lanzar procura.

Porque este horrible silencio,
esos nublados que enlutan
la inmensidad de los cielos
en ràfagas que se empujan,

Este pavor que nos hiela
y que nuestra mente abulta,
á par que ciegan los ojos,
la torpe razon deslumbran.

Y en estas horas de espanto,
desatando la coyunda
de la carne, que sujeta
al alma, á su càrcel dura,

Nuestro espíritu agitado
rompe los aires, y busca
luz, en medio de las sombras
que su vuelo dificultan.

Horas de insomnio, en que el hombre,
si acaso indagar procura

la verdad de su existencia,
mentira quizás la juzga!

¡Horas en que sueña el alma
flotar en la sombra turbia,
donde hierve el hondo caos
con su palidez difunta!

¡Quién sabe si aun hoy vagamos
en su inmensidad profunda,
y soñamos esta vida
de miseria y desventuras!

Negro y temeroso ensueño
fuera á la verdad, si nunca
á la vida despertásemos
en el lecho de la tumba!

Mas, si es verdad que soñamos,
y que nuestras almas rudas
aun en la nada del caos
fatigosamente cruzan,

Esperemos, tristes átomos
de un Dios poderoso hechura,
romper de esta pobre càrcel
la fatigosa coyunda.

Que cuando el Señor separe
de las sombras, la luz pura,
y el mar divida y la tierra
sin que sus lazos desuna,

¡Oh! que la mision del hombre
más grande será y mas justa,
que esta mision tenebrosa
de miseria y desventuras.

ELVIRA.

CUENTO.

PARTE PRIMERA.



ELVIRA.

Qué apacibles son los dias
de nuestra pobre existencia,
cuando reina la inocencia
señora del corazon!
Cuál se dilata la vida
fantàstica y deliciosa,
con claros velos de rosa
vistiendo nuestra ilusion!

Cómo el alma enagenada
en su calma lisonjera,
solo venturas espera

con inocente inquietud!
Con cuánto ardor bebe incauta
en su placer engañoso,
ese cáliz delicioso
de la ardiente juventud.

Las horas pasan radiantes
cual meteóricos fuegos,
entre los alegres juegos
de nuestra primera edad.
La vida entonces mirada
tras del caprichoso prisma,
en bella ¡ay Dios! no es la misma
que pinta la realidad.

Aquella existencia, aquellos
dulces sueños amorosos
que ondulando vaporosos
hasta el alto cielo van,
no conocen por ventura
en su ignorancia completa
de la juventud inquieta
el desesperado afan.

Y si pasiones desvelan
el alma, siempre insaciable,

clara fuente inagotable
de deseos y de amor,
este amor siempre es dichoso,
sin celos, y nunca alcanza
mas allá nuestra esperanza,
de un pájaro, de una flor.

Si rueda por nuestros ojos
de tristeza ó de amargura,
brillante làgrima pura
que no estorbamos correr,
es como nube del alba;
que flotando con donaire,
al blando soplo del aire
se mira desvanecer.

No es aquel el llanto ardiente
que con rugosa mancilla
sulca la ardiente mejilla
en nuestro ardor juvenil:
es la gota del rocío
que en blando lecho de amores,
se mece sobre las flores
en las mañanas de abril.

No hay pena ó dolor profundo
que el vaporoso beleño
ahuyente de nuestro sueño
con invencible poder,
y en la mudable inconstancia
de nuestra ilusion incierta,
jamàs el alma despierta
con los pesares de ayer.

Nada perturba el reposo
de nuestro lecho tranquilo
en el abrigado asilo
de la casa paternal;
cuando el amor de una madre
en delicioso embeleso
nos aduerme con un beso
de ternura celestial.

Entonces por vuestros ojos
al triste mundo cerrados,
se ven de genios alados
cruzar legiones sin fin.
Y desprendido del cielo
que con áureas alas hiende,
para arrullarnos desciende
angélico serafin.

Y el aire cruzan ligeras,
rápidas, hermosas, vagas,
bellas sílfides y magas
cubiertas de blanco tul,
como el cielo transparente
se asoma entre los encajes
de vaporosos celajes,
con su abrillantado azul.

Y vemos pintadas aves
de matices imposibles
mecer los juncos flexibles
con voluptuoso vaiven;
y doradas mariposas
de mil diversos colores,
que vuelan entre las flores
del maravilloso Eden.

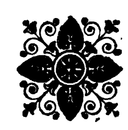
Y por las calles corremos
de sombrías arboledas,
y jardines y alamedas
que baña sin fuerza el sol.
Y à nuestras plantas murmuran
claros arroyos de plata,
donde alguna flor retrata
su candoroso arreból.

Y à lo lejos, aéreo, frágil,
de filigrana y topacio,
alto, encantado palacio
ven los ojos destacar
sobre el limpio firmamento,
ó sobre el seno brillante
que se agita palpitante,
de la procelosa mar.

Asi nuestra tierna infancia
que nuevos mundos delira,
es bella, porque es mentira
cuanto alcanza su ilusion.
Por eso es feliz el niño
en sus amores risueños;
porque él hace allá en sus sueños
más bella la creacion.

¿Quién no recuerda esos años
que pasaron como instantes,
sin que llore los engaños
de nuestra vida falaz?
¿Quién no quisiera de nuevo
retrocediendo á la vida
asir la estacion perdida
de nuestra infancia fugaz?

Y tornar à aquellos juegos
enmedio nuestros iguales,
y á los besos maternales
que aspiran amor y uncion,
y no sentir de la muerte
que á su placer nos desgarra,
la dura, inflexible garra,
clavada en el corazon!



II

Asi mecida en los brazos
de su madre cariñosa,
crecia la niña Elvira
hechicera y juguetona.

Y era tanta su hermosura,
tan vivaz y seductora
la luz de sus negros ojos
blandos como de paloma;

---

era la niña tan bella,
que de su vida en la aurora,
ya las mujeres la envidian,
y ya los hombres la adoran:

Y á par que los años pasan,
dia á dia y hora à hora

su nunca vista hermosura
con nuevos rasgos asombra.

Sus miradas infantiles
que rodaban en sus órbitas,
ya con virginal modestia
al suelo, turbada, torna.

Su cuerpo esbelto y flexible,
cual de azucena olorosa
blando tallo, que al suspiro
de los céfiros se dobla,

---

ya con magestad sublime
que á sus hechizos no estorba,
de su vivaz movimiento
los impulsos aprisiona.

Su limpia tez transparente
que ni de blanca blasona,
ni es morena, y en un punto
de entrambos estremos goza;

de dos intrépidas razas
la forzada union pregona,
ardiente y hermosa mezcla
de sangre africana y goda.

Su casto seno escondido
revela sus puras formas,
al paso que las pasiones
adentro se desarrollan.

En fin, Elvira ha llegado
más que nunca seductora
de sus trece primaveras
á la estacion peligrosa.

Pero la inocente niña
en su corazon devora
los misteriosos deseos
que la juventud evoca.

Un tristo presentimiento
cuya imágen tenebrosa

dia y noche la persigue,
sus esperanzas sofoca.

Y en vano bañan sus ojos
con espresion melancólica
las ilusiones del mundo,
á su quietud peligrosas.

En vano largos suspiros
se resbalan por su boca,
hinchando su ardiente pecho
las làgrimas que la ahogan.

Afanes incomprensibles,
vagas esperanzas locas
en su corazon luchando
con desusada discordia,

---

de su pobre alma dormida
la dulce quietud trastornan,
y fascinarla procuran
con su belleza engañosa.

Pero ella guarda en su alma
un amor, á cuya sombra
en blanda paz ha gozado
toda una vida de gloria.

Es el amor puro y santo
de una madre, que sofoca
de otras livianas pasiones
la semilla venenosa.

Porque á este amor van unidas
su fé, sus creencias todás,
y sus encantos de niña
despiertos en su memoria.

Porque aun arrullan su oido
las cantinelas llorosas
à cuyo son se adormia
mecida en su cuna tosca.

Y asi aunque toda Sevilla
su belleza portentosa

celebra, tambien la fama
de sus virtudes pregona.

En vano de noche y dia
con seduccion tentadora
la cantan quejas y amores
los galanes que la rondan;

---

que perdidos en sus rejas
sin que la niña los oiga,
los misteriosos suspiros
son para el aire lisonjas.

Pero cuando en sus desdenes
inflexible una vez y otra,
piensa que de sus amantes
borrar la esperanza logra,

---

más crece el tenaz empeño
y más á la niña enojan

imaginando vencer
aquella virtud de roca.

Cansada al fin la fortuna
de ver á Elvira dichosa,
vertió en ella de su saña
la biel envenenadora.

Al fin, la triste doncella
que con ventura no poca
vivia en paz, de su madre
á la sombra bienhechora,

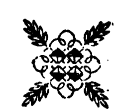
---

llegó una vez á sus lábios
la amarga, funesta copa
de su dolor, apurando
hasta el fondo la ponzoña.

La muerte llamó á sus puertas,
y con su guadaña corva

cortó los felices dias
de su madre cariñosa.

Perdió su amor y su amparo,
y triste y en edad corta,
quedó la cuitada huérfana
en medio del mundo, sola.



III.

Y las horas
triste pasa
en perpétua
soledad,
y sus lágrimas
ardientes
no consuelan
su horfandad.

Ave mísera
que del nido
nunca el vuelo
levantó!
¡Qué esperanza
te alimenta
si tu amparo
te faltó?

Tal vez piensas
en el mundo
los jardines
encontrar,
que en tus sueños,
infantiles
viste acaso
germinar?

Los palacios,
los encantos
que doraba
tu ilusion,
serán luego
los tormentos
de tu ardiente
corazon.

Esas horas
tenebrosas
que en inquieta
confusion
triste pasas
solitaria
prosternada
en oracion;

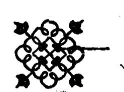
Y ahora sola,
sin que ocupe
otra imágen
su razon,
en los antros
de su alma
se dispierta
la pasion.

De las músicas
ya escucha
los encantos
con placer,
y en su mente
se revelan
sus delirios
de muger.

Sus dormidas
ilusiones,
sus deseos
y su ardor,
quebrantando
sus prisiones
la seducen
con amor.

Y los ojos
de la niña
embriagados
con afan,
ya reposan
en los ojos
atrevidos
de un galan.

Prisionero
castellano,
en sus tierras
adalid,
á Sevilla
lo trajeron,
mal herido
de la lid.



IV.

Era el hidalgo dé gentil presencia,
y entre los hombres buenos de Leon
generosa descuella su ascendencia
y luce sin mancilla su blason.

Pedro Ansures Guzman tiene por nombre,
y ya la fama de su gloria es tal,
que es espanto del moro su renombre
cuanto à sus huestes su valor, fatal.

Hízole conde el rey por sus hazañas,
que aunque en edad ardiente y juvenil,
ha regado con sangre mil campañas
y ha vencido al infiel en otras mil.

Pero en Sevilla su nobleza esconde,
que á conocerlo Benamet, su rey,
diera la muerte al generoso conde;
digna hazaña ¡pardiez! de hombres sin ley.

Asi, pues, por su vida y su decoro,
sin humillar un punto su altivez,
de otro nombre escudado, pronto el oro
le librarà de su prision tal vez.

Asi vive no más con su esperanza;
en sus dolores se consuela asi,
si el ardiente furor de la venganza
despierta alguna vez su frenesí.

¿Mas qué puede el leon aprisionado
por mas que ruja con ardiente afan,
si no puede romper desesperado
los hierros que sus pies atando estàn?

El conde espera en impaciente anhelo
devorando su afan como el leon,

que venga el dia en que permita el cielo
que dichoso quebrante su prision.

Y vuelva à ver las ásperas montañas
de aquella patria de su autor, feliz,
donde escribió su espada mil hazañas
de roja sangre con fatal matiz.

En tanto arrastra en estrangera tierra
su mísera existencia, y al infiel
en tanto mira, con funesta guerra
su patria amada devastar cruel.

Ve las huestes marchar al campo, fieras;
las que triunfantes tornan de Leon
arrastrando tras sì rotas banderas
y de Jesus el càndido pendon.

Y asi contino sus rencores vivos
muerte y venganza respirando estàn,
escitando á los míseros cautivos
que en su resignacion ahogan su afan!

Pero fuese apagando su agonia,
y por duelo á su tierna juventud
su tirano rompió dia por dia
los hierros de su infame esclavitud.

Y vió por fin el desdichado mozo,
libre, del sol la bienhechora luz,
y dejó con su oscuro calabozo
de su pasion la dolorosa cruz.

Y gozó satisfecho aromas y aire
y el cándido y purísimo arreból
con que tiñe aquel cielo con donaire
la roja luz del refulgente sol.

Bendijo alegre el celestial ambiente
que al alma desarrolla y dà placer,
y las noches magníficas de oriente
reflejos del asiático poder.

¡Rica ciudad en campo de jardines!
clara perlà inmortal de la creacion,

de cien alegres màgicos festines,
siempre arrullada al acordado son!

Cuánta nueva ilusion, cuàntos placeres
sintió el mancebo súbito brotar
al encanto fatal de tus mugeres,
de tus auras al dulce murmurar!

Solo armonia y paz hieren su oido,
solo hermosura y luz sus ojos ven,
y flores cuyo aroma desprendido
blando perfuma su abrasada sien.

¿Quién si aspiró tu regalado ambiente,
¡oh ciudad de los céfiros mansion!
lejos de tí, y en donde quier, no siente
prensado con angustia el corazon?

¿Quién te olvida jamás, régia Sevilla?
¿quién no desea murmurando oir
las limpias aguas que á su fresca orilla
manso arrastra el feraz Guadalquivir?

Y ver brotar de sus entrañas hondas
frágiles juncos de suave olor,
y mecerse mirándose en las hondas
del ciprés el penacho temblador!

Y tu templo magnífico que ahora
con ímpio culto profanando están;
do el mahometano con fervor adora
al dictador terrible del Koran!

Entre tanta riqueza deslumbrado
vagaba el conde en la imperial ciudad
bajo su pobre traje de soldado
ocultando su noble calidad.

Y un dia, acaso, de la niña Elvira
el solitario asilo descubrió,
y desde entonces, con dolor, suspira
su escasa libertad que allí perdió.

Y vino un dia, y otro, y à sus rejas
supo tan bien su pena lamentar,

que la huérfana triste oyó sus quejas'
y deseó al cuitado consolar.

¿Y cómo no lo haria? es un cristiano
soldado y pobre, y por su santa fé
con enemigos mil luchando en vano
blanco infeliz de sus rigores fué.

Ella en su frente con amor ha visto
la profunda y honrosa cicatriz
que en la defensa de la ley de Cristo
en el combate recibió, feliz.

Elvira le ama en fin, mas su decoro
no le permite sin lidiar, ceder,
y ahoga sus deseos con el lloro!..
¡terrible condicion de la muger!

Y Peransures con mortal querella
acusa desdichado su rigor,
mientras partiendo sus afanes ella,
se encierra en el secreto de su amor.

Pero al fin cederá, que al fin escucha,
y su firmeza y condicion no es tal,
que de tan larga y fatigosa lucha
resista siempre al torcedor fatal.

Y ya al espejo con afan se aliña,
y ya prende una flor del corazon,
simbólica azucena que la niña
en las rejas halló de su balcon.

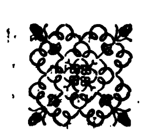
Y ya á la seña en que el galan la avisa
acude presurosa, y su placer
revelando en su cándida sonrisa,
de Peransurez calma el padecer.

Mientras lloraba Elvira, nunca pudo
herir su pecho el halagüeño amor,
y hoy le domina entero! Era un escudo
del corazon de Elvira, su dolor?

¿Cómo abismada en la profana gloria
de su loca aficion llegó à olvidar

la reciente tristísima memoria
de la que vió en sus brazos espirar

Y es tal el hondo y funeral martirio
del oprimido afan de su pasion,
que ya aborrece en su fatal delirio
la soledad, la calma y la oracion.



V.

Asi entre dulces caricias,
asi con afecto igual,
hermosos dias gozaron
de amante felicidad.

Ya de sí misma olvidada,
presa de su propio afan,
se dió Elvira por vencida
fatigada de luchar.

¿Y cuál es mayor victoria,
cuàl mayor dicha serà
entre rendir ó rendirse,
entre ceder ó lograr?

Ello es que Elvira, dichosa,
de todo olvidada está,
y el carmin de sus mejillas
ha empezado á recobrar.

Sus ojos que antes el llanto
nublaba, ya su vivaz
resplandor de gloria y calma
dulces recobrando van.

De fuego son sus palabras,
centellante su mirar!..
amor abrasa su pecho
con poderoso volcan.

Elvira es feliz! los sueños
de aquella primera edad
de su deliciosa infancia,
tal vez á cumplirse van?

El florido paraiso
de su ilusion virginal,

los misteriosos encantos
¿se empiezan à realizar?

¿Y cómo seducirias
torpe juventud fatal,
si áspero fuese al principio
el camino que á tí và?

¿Quién avaro apuraria
tu veneno, si falaz
dulce licor, no halagase
en limpio y terso cristal?

Asi en ilusion amante
miràndose en su galan,
goza Elvira de su dicha,
que juzga no ha de acabar;

y vuelve incauta sus pasos
por esa senda fatal
que lleva á los desengaños
que muy pronto llorará.

Inocente! ¿cómo puede
Elvira pensar jamàs
que ese camino florido
al llanto pueda guiar?

Ella, incauta mariposa
que alegre volando va,
miel y perfumes libando
en uno y otro rosal,

¿cómo en su ilusion sencilla
la es posible sospechar,
que hay veneno en esa copa
de tan purpúrea beldad?

Asi los goces apura,
asi en delirante afan
de amores nunca saciada,
en su sed se abrasa mas.

¿Quién de su madre al sepulcro
á llevar flores irà?

¿quién se arrastrarà por ella
en las gradas del altar?

Oh! si los muertos pudieran
alzar la losa fatal,
y el sudario carcomido
de sus huesos despegar;

---

si sus ojos, devorados
por sucio insecto voraz,
otra vez el mundo vieran
reflejado en su cristal,

---

cuàntas decepciones tristes,
cuántos desengaños, ay!
vinieran con mil dolores
su quietud á desgarrar!

¿Cuál no bendijera el dia
en que halló su tumba? ¿cuàl
trocàra ya por la vida
su sueño de eterna paz?

Vosotros que en esas losas
escribís con vanidad
nombres, como si temiéseis
al que allí duerme olvidar,

---

borrad los necios blasones
ó el tiempo los borrarà,
y encima escribid... *Olvido* !!!
porque asi direis verdad.

Este es el fin de la vida;
¿ mas quién con razon podrà
la decepcion y el olvido
de los hombres acusar?

Ninguno; ellos olvidaron,
y de ellos se olvidaràn!..
condicion mísera y triste
de la flaca humanidad!

Volvamos por fin à Elvira,
y olvidemos lo demàs;

pues siempre fué el mismo el hombre
y siempre el mismo será;

---

y aunque esta idea tristísima
su pecho aterrára más,
yo sé muy bien, lector mio,
que no lo ha de remediar.

Ya para Elvira no existen
amor y felicidad
si escritos en el semblante
de su adorado, no están.

Si ora Peransurez, ella
impulsos siente de orar;
si Peransurez blasfema
Elvira no reza ya.

De su amante humilde esclava,
con agena voluntad,
sin inquirir el camino
le sigue por donde va.

No apetece el mismo cielo
si allí no le ha de encontrar
y si al infierno se hundiera,
se hundiera con él detras.

Porque asi en el alma vírgen,
en la peligrosa edad
de la juventud naciente,
se arraiga el amor tenaz.

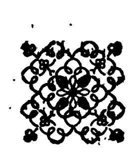
Hasta las santas creencias,
aun el límpido fanal
de la fé, que nuestra infancia
pudo otra vez alumbrar,

ó se apagan, ó se pierde
su influencia ineficaz,
de nuestra pasion ardiente,
en la negra tempestad.

¡Y vendados nuestros ojos
con el tupido cendal

de las pasiones, ¡ qué hiciera
la clara luz con brillar !

Asi hollamos esta senda
do tantos abismos hay,
tal vez porque sus peligros
envuelve la oscuridad.



VI.

Pero al fin, era preciso
que negra sombra envolviera
del dichoso paraiso
la mentirosa ilusion.
Era fuerza que al florido
abril, al fin sucediera
el negro invierno atrevido;
la verdad á la ficcion.

Porque la dicha no dura,
porque es breve, como es breve
de una muger la hermosura
y breve su tierna edad.
Como todo cuanto es bello,
que pasa cómo el relámpago
que con límpido destello
alumbra la tempestad.

Y no porque ya del conde
el hondo amor se entibiára,
que amante la corresponde
con tierna solicitud;
y no porque ella liviana
en su corazon sintiera
de otra inclinacion insana
la fatigosa inquietud.

Hoy más que nunca adorados
con intenso amor se estrechan
en deliciosos abrazos
que los unen sin cesar,
y sin cansancio ni celos
que su corazon lastimen,
no esperan allá en los cielos
mayor ventura encontrar.

Pero la niña es hermosa
y el placer que por sus ojos
en risa y amor rebosa
con gracia y encantos mil
la prestan mayor dulzura
y con nuevo encanto baña
su peligrosa hermosura
de su vida en el abril.

Y un dia fué, que al sonoro
rumor de los añafiles,
Abenhamet, el rey moro
triunfante en Sevilla entró,
y ella, á ver la comitiva
que en son de fiesta pasaba,
sin que el peligro aperciba
á su balcon se asomó.

Y al punto sordo murmullo
de admiracion llenó el aire,
que con seductor arrullo
halagó su vanidad,
y sus ojos hechiceros
con su cándida sonrisa,
brillaron como luceros
de radiante claridad.

Y á pesar de que son tantos
los encantos de la hermosa,
mas corazones que encantos
alcanzó esta tarde allí,
que todos la bendecian
y cuando cerca pasaban,
«bendígate Alà! decian,
«pura y celestial Hurí.»

Y ella con su triunfo, vana,
oye vagar en su oido
blandos quiebros, que sultana
la proclaman al pasar;
y no vió un mancebo, acaso,
que mas que todos brioso
teniendo à su potro el paso
la miraba sin cesar.

———

Su dorado capacete
de ardientes perlas cubierto,
la riqueza del almete
el brio de su corçel,
la negligente persona
y el mirar triste y severo,
todo la nobleza abona
del misterióso doncel.

———

Pero Elvira no ha fijado,
por desden tal vez, los ojos
en el mozo enamorado
que la mira mas y mas,
y cuando torciendo un muro
siguió el moro su carrera,
se le vió reir, seguro
de su victoria quizás.

En aquel mismo momento
turbó el corazon de Elvira
de triste presentimiento
el aviso aterrador,
porque las desdichas tienen
galvánicas vibraciones
que hasta nuestro pecho vienen
à anticipar el dolor.

Asi fué, que luego el conde
la halló triste: á sus preguntas
en largos ayes responde
sin poderlos contener,
y ella misma intenta en vano
buscar la causa importuna
de este afan ciego y tirano
que no puede comprender.

Inútilmente procura
el tierno amante afligido
la desolada amargura
de la niña, disipar.
Que los matices la faltan,
y con impulso secreto
las lágrimas se le saltan
con deseos de llorar.

Lo desea, mas no llora,
que sus lágrimas ardientes
el corazon del que adora
desgarrarian tal vez,
y es su corazon tan noble
que por no partir su pena,
sentirá su pena, doble,
con generosa altivez.

Asi en el pecho sofoca
el llanto de ardiente fuego,
y sin màs consuelo invoca
la clemencia de su Dios,
y pídele, amante tierna,
en oracion silenciosa,
que conserve y haga eterna
la ventura de los dos.

Asi al espirar el dia
los halló desconsolados
de noche nublada y fria
el tenebroso capuz,
y en su sombra macilenta
como espantoso sudario,
el sol ocultó sangrienta
su resplandeciente luz.

El eco sordo que puebla
los aires, fue tristemente
apagándose en la niebla
que circunda la ciudad.
En las aguas silenciosas
del Betis, dormido el viento,
con canciones misteriosas
no encanta su soledad.

Todo con descuido inerme
en confiado reposo,
envuelto en la sombra duerme
con silencioso pavor,
y aunque alguna vez suspira,
tambien con pesado sueño
en el corazon de Elvira
está durmiendo el dolor.



VII.

La calle donde vivian
Peransures y su dama,
aun del sol á los reflejos
era triste y solitaria.

Torcida á la par que angosta,
de noche no la alumbraba
sino la luz que vertian
los balcones y ventanas.

Y como ya todo duerme,
y como la noche avanza,
la oscuridad es completa,
y el hondo silencio espanta.

Mas no despuntaba aun
el crepúsculo del alba,
cuando por la calle angosta
se oyeron sonar pisadas.

Era un grupo de soldados,
ó á lo menos, de sus armas
lo indica el sonoro estruendo,
y la igualdad de su marcha.

Entre el rumor misterioso,
lacónicas y cortadas
de vez en cuando se oían
vagar perdidas palabras:

y à no estorbarlo la sombra,
viérase que los que hablaban
eran dos jeques ancianos
de luenga y espesa barba.

Y à no estorbarlo las voces
de los que van á su espalda,

oyérase que traian
esta, ó parecida plàtica.

JEQUE PRIMERO.

En buenhora que á su loca
pasion, sometido él rey,
ya que su afan no sofoca,
haga de un capricho ley
que para su gusto invoca.
En buenhora que galan
en pos de hermosas mugeres,
ponga su mayor afan
en alcanzar los placeres
que al fin le afeminarán.
Sea, pues que no lo sientes;
pero dos viejos soldados
que en duras lides frecuentes
fueron mil veces probados
y apellidados valientes,
que hoy se sometan no estrañas
à tan vil humillacion,
que en premio de cien campañas
les den de torpes hazañas
el infame galardon?
¿Piensas que ya no hay firmeza
en mí para sostener
la lanza? ¿que no hay braveza
en mí sino para hacer
prisionera una belleza?

JEQUE SEGUNDO.

Solo obedecer nos toca.

JEQUE PRIMERO.

¿Por qué?

JEQUE SEGUNDO.

Porque quien se atreve
á afrontar su pasion loca...

JEQUE PRIMERO.

Ya sé que quien le provoca
no cumple con lo que debe.
Pero es tanta mi lealtad,
que mirando su ruina...

JEQUE SEGUNDO.

Es ilusion.

JEQUE PRIMERO.

No, en verdad.
Monarca que se afemina
con tanta y tal ceguedad,

teniendo enfrente al cristiano
siempre con el duro hierro,
amenazando en la mano,
dormir descuidado, es yerro
que ha de lamentar en vano.
Tal es ya nuestra torpeza,
que dejenerada al fin
nuestra invencible braveza,
va cubriendo la pereza
nuestros alfanges, de orin.
Hoy el soberbio guerrero
cual débil muger aliña
su rostro tostado y fiero...

JEQUE SEGUNDO.

Alto!

JEQUE PRIMERO.

—¿Estamos?

JEQUE SEGUNDO.

Esta, infiero
que es la casa de la niña.

Y era verdad, pues pararon
à la puerta de la casa

donde los tiernos amantes
descuidados descansaban.

Largo tiempo allí estuvieron,
y à los golpes de la aldaba
toda la calle alarmóse
y abriéronse las ventanas.

Y como el dia à este tiempo
con tibia luz se anunciàra,
vieron los fieros soldados
que la calleja inundaban.

Ansurez abrió la puerta,
y en un momento inundada
de enemiga gente vió
su estrecha y oscura estancia.

Mal vestida con la prisa,
con el pavor alterada,
falto de color el rostro,
y palpitando con ansia,

Ansurez abrió la puerta,
y en un momento inundada
de enemigos gente vió
su estrecha y oscura estancia.

Mas vestida con la prisa,
con el pavor alterada,
falto de color el rostro,
y palpitando con ansia,

aparecióse la triste
Elvira, ante las miradas
de los dos barbudos jeques
y de sus feroces guardas.

Y al verla tan seductora,
y al ver correr por su espalda
del mal cogido cabello
las trenzas desmadejadas,

al ver el turbado seno
que en hondos latidos salta,

desnudo para el deseo,
y escondido á las miradas,

---

el grave y severo gefe
manoseando su barba,
á Benhamet disculpó
en el fondo de su alma.

Intímala que le siga,
y á sus satélites manda
que de voluntad ó fuerza
la arranquen de su morada.

Acércanse los soldados,
y Peransurez se lanza
entre los fieros sayones,
y la víctima aterrada.

Mas fueron vanos los gritos
y vanas las amenazas:
Peransurez, mal herido
cayó, de dos estocadas.

Perdió la razon Elvira,
y asi salió de su estancia
en brazos de aquellos hombres,
sin auxilio, abandonada.

Alzóse el conde furioso,
pero en su sangre resbala,
y en vano, exànime, quiere
asir con ira la espada:

---

que cuando blandirla intenta,
de entre sus dedos se escapa...
solo en él vive el deseo
estéril de la venganza.

Asi postrado, exhalando
más gemidos que palabras,
blasfema, y en negra sangre
revolcàndose se arrastra,

---

y oye los iguales pasos
de los soldados que marchan,

robándole á un tiempo mismo
en ella dos esperanzas.

Dos esperanzas! Elvira
el tierno fruto guardaba
de aquellos dulces amores
en sus maternas entrañas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ELVIRA.

PARTE SEGUNDA.



Ahora ya esclava
con llanto riega
los blancos mármoles
de su prision.

Donde el murmullo
de mil caricias
se escucha mágico
do quier vagar:
donde dichosa,
tantas delicias
de amor angélico
pude gozar;

Pero, ¡ay! que en medio
de tanta gloria
que ahora es ya pávulo
de su dolor
cruza terrible
por su memoria
sombra fatídica
de mudo horror.

Ensangrentado,
mustia la frente,
huecas las órbitas
lento el andar,
el triste Ansúrez
turba su mente
y su alma tímida
viene á asombrar.

De noche á veces
la ve azorada
sobre su tàlamo
posar la sien!
Y oye su acento,
que en voz airada
rueda en las bóvedas
gritando, ¡ven!

Y á sí la arrastra
y en duros lazos
la estrecha trémulo
con mudo afan,
y en vano lucha,
que aquellos brazos
sus miembros débiles
prensando están.

Ya sometido
su seno entrega
al seco y àspero
beso infernal,
y oye, aturdida,
sin razon, ciega,
su risa histérica
ronca chascar,

Oh! cómo ahora
la luz bendice
que de sus vértigos
lanza el horror!
cómo del alba
mira, felice,
brillar el límpido
claro fulgor!

Entonces halla
por su ventura
algun intérvalo
su afan cruel.
Del sol radiante
la lumbre pura
sus sueños lúgubres
disipa fiel.

Entonces logra
desecho enilante
brotar del ánimo
su rudo afan,
mientras postrada
de dolor tanto
sus penas hórridas
durmiendo están.

Hoy ya sus ojos
del blando sueño
vieron en éxtasis
sombras de amor.
Y entre vapores
cruzó risueño
fantasma cándido
de albo color.

Por eso agora
con esperanza
la niña tímida
mira do quier,
y en vano ¡ ay triste!
que nada alcanza
su vista atónita
hoy como ayer!

Por eso llora:
por eso inclina
la frente pálida
con pena tal,
si alguna sombra
que la alucina
en aire tórnase
para su mal.

Ya de un esclavo
que allí la mira
señas á intérvalos
acaso vió.
Mas ya, ¿qué espera?
por qué delira
su mente crédula,
si él ya murió?

Su rostro empero
con ansia observa
que en hondo júbilo
bañó su sér.
Y desterrando
su pena acerba,
calmó de súbito
su padecer.

Aquellos ojos
que en fuego ardiente
la miran ávidos
con tierno amor,
la calma fiera
de la ancha frente,
el cutis lívido,
falto el color,

todo despierta
dentro en su alma
memorias lúgubres,
y al lado à par,
horas pasadas
en dulce calma,
tal vez las últimas
que ha de gozar.

Pero el esclavo
por fin se aleja
antes que fúlgido
se muestre el sol,
y ella maldice
desde su reja
el brillo mágico
de su arrebol.

Una esperanza
robóla el dia:
con él fosfórica
volando fué
la dulce imàgen
que entretenia
dentro del ànima
su amante fé.

Huyó la hermosa
dulce mentira,
que de la huérfana
calmó el pesar,
como en estío
el pecho aspira
las brisas húmedas
del ancho mar.

Y ahora con ansia
contenta espera
que paso rápida
del sol la luz,
y hallóla absorta
con su quimera
de noche lóbrega
negro capuz.

Pero esta noche
ya no la asombra
de espectro lívido
la torva faz,
ni la voz ruda
que audaz la nombra
los techos cóncavos
rueda fugaz.

Otras visiones
blancas, rientes,
engendros mágicos
de su ilusion,
allá entre velos
resplandecientes
engañan pérfidas
su corazon.

Llegó la aurora,
y allá en la orilla
con el crepúsculo
al hombre vió,
y su mirada
que ardiente brilla,
cual chispa eléctrica
vibrar sintió.

Oh! si pudiera,
(¡cuàn vano anhelo!)
su reja cuádrupla
despedazar!
Oh! cómo mira
con ansia al cielo
do libre el águila
mira cruzar!

Porque... no hay duda!
su triste amante
en la catástrofe
no pereció,
y en sus amores
siempre constante,
su prision mísera
por fin halló.



II.

Así en ansiedad, guiados
de su esperanza risueña
consolaban los amantes
el tormento de la ausencia.

———

Aun el sol no terminaba
su refulgente carrera
en su crepúsculo vago
bañando tibio la tierra,

———

ó las sombras ahuyentando,
doraba la cumbre escelsa
del cielo, vertiendo el puro
fulgor de su ardiente hoguera,

———

cuando el conde enamorado,
por ver á su Elvira bella,

del Guadalquivir vagaba
por las orillas desiertas.

Sus miradas centellantes,
clavadas en las almenas
de aquel poderoso alcázar
donde esclava gime opresa,

todo el furor de su alma,
todo su rencor revelan,
y los celos mal ocultos
que dentro en su pecho truenan.

Y la infelice sultana
que llora, mísera sierva,
de aquel ostentoso alcázar
entre la pompa funesta,

atada con grillos de oro,
en redes brillantes presa,
y oprimida con caricias
que en su corazon detesta,

solo vive en esas horas
en que libre el alma vuela
á donde su triste amante
con ansia terrible, pena.

Por él lágrimas de fuego
su rostro y su seno riegan:
por él lanza hondos suspiros
desde su ventana estrecha.

Y aguardando un dia y otro,
así su amor alimentan
con sus negros celos él,
con sus esperanzas ella.

Tres meses así pasaron,
y por equívocas señas
mil proyectos insensatos
mútuamente se revelan.

Pero pasado este tiempo,
en vano por la ribera

vagaba el celoso conde:
en vano mira y acecha.

Corren dias; pero nadie
asoma ya en la desierta
estancia, cuya ventana
con fija atencion contempla.

El gozo mezclado en llanto,
la alegría y la tristeza
fundidas en su alma, luchan
y su agitacion renuevan.

Es ya el anhelado término
de que aquella dulce prenda
de su amor, lanzada al mundo
lazo de sus almas sea!

¡Niño inocente, nacido
en la desdicha! ¡alma tierna
bautizada con el llanto
de la triste prisionera!

¡Pobre madre! ¡que afligida,
en su corazon le estrecha,
sin que el hombre que la adora
sus dolores la agradezca!

Y otro hombre vendrá, y la triste
desgarrando su conciencia,
del que la llama su esposa
burlará la pasion crédula.

El hijo de sus entrañas,
à aquel hombre que detesta
darà tal vez las dulzuras
de sus sonrisas primeras.

Y cuando con torpe labio
apenas pronunciar pueda
el santo nombre de padre,
con seduccion halagüeña,

---

habrá de volver sus ojos
en su engañada inocencia

al tirano que lo oprime
entre doradas cadenas.

Y aquella madre, que dentro
de su corazon encierra
el secreto peligroso
que en su dolor se revela,

---

habrá de ocultar sus làgrimas
cuando en amargura acerba,
asomándose à los ojos,
del corazon se desprendan.

¡Siempre temblando que acaso
llegue, como todo llega,
el negro, el horrible dia
en que la verdad se sepa!

Por eso si tal vez duerme
azorada se despierta
temiendo, acaso, que el sueño
sus hondos recuerdos venda.

Esto piensa Peransurez,
y entretanto que por ella
con su dolor generoso
su corazon atormenta,

---

mil proyectos insensatos
raudos por su mente ruedan
con que penètrar la cárcel
de su triste Elvira, intenta.

Ya quiere escalar el muro,
ya de la guardada puerta
ganar los fieros sayones
à precio del oro piensa.

Mas todos estos proyectos
hijos de su audacia ciega,
al soplo de la razon
en leves átomos vuelan:

---

que si por desdicha el fiero
Benamet, su amor sospecha,

de ambas prendas de su alma
compromete la existencia.

Por eso dentro del pecho
el noble conde refrena
los ímpetus de su cólera,
en larga lucha violenta.

El amor, los celos, todo
le impulsa; pero por ella
en el secreto del alma
su horrible pasion encierra.

Por Elvira, por el triste
fruto de su amor, que fuera
víctima sacrificada
à su fatal imprudencia.

Así, noche y dia, el conde
las horas pesadas cuenta
en la solitaria estancia
donde antes tan feliz era.

Y cuando tibio declina
el sol, ó con luz espléndida
iluminando el oriente
se anuncia á la oscura tierra,

---

dejando su mansion lóbrega
corre à la orilla que besan
del manso Guadalquivir
las claras ondas risueñas.

Alli sus ávidos ojos
ardientes miradas flechan,
y esperan llamando á Elvira,
que en su ventana aparezca.

En vano mira impaciente,
en vano con ansia espera,
que ya la angosta ventana
cerrada à su afan contempla.

Inútilmente las noches
pasa alguna vez en vela,

sujetando la esperanza
à su voluntad enérgica.

Que por fin el claro dia
para él tenebroso llega,
sin que una luz ó una sombra
sus dolores desvanezcan.

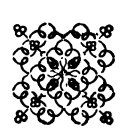
De este modo, en esta lucha
horrible, tristes y lentas
se arrastran las breves horas,
tan largas para el que espera.

Para el desdichado amante
que por los latidos cuenta
de su corazon marchito
los instantes que se alejan.

Dos meses, en fin, pasaron
de esta suerte, sin que viera
un resplandor de esperanza
en su triste noche eterna.

Se agravaron sus heridas:
desesperada y violenta
se desborda ya su cólera
que mal en su pecho encierra.

Tal vez del afecto duda
de Elvira, y antes que pérfida
verla quisiera morir
y morir tambien con ella.



III.

Versado en ocultas ciencias
que causaban maravilla
el encanto de Sevilla
era el médico Abraham.
De todas partes le buscan
atraidos por su fama,
y nadie en vano le llama,
tal es su incansable afan.

Los males cura del cuerpo,
los males del alma cura,
y lee en la edad futura,
cosa que pone pavor.
Por las líneas de la mano,
aun mejor que en las estrellas,
profetiza á las doncellas
lo que las reserva amor.

Y no porque del horóscopo
los misterios profundice,
con triste vida infelice
oculto en la oscuridad,
antes los velos rasgando
de aquel misterio profundo,
à la luz del ancho mundo
se ofrece sin vanidad.

Su barba negra y poblada
partida con gracia suma,
voluptuoso perfuma
con galana presuncion,
y á no ser tan bien fundada
la fama de su avaricia,
negarle fuera injusticia
que abrigaba un corazon.

Porque ese dulce deseo
con que el cuerpo se engalana,
del corazon solo emana
que solicita agradar.
Así por su madre, alegre
viste sus galas el niño,
y el hombre anhela el cariño,
de la que adora, alcanzar.

Así la niña que amores
por primera vez delira,
ante el espejo suspira
con recelosa inquietud,
si alguna vez la retrata
menos alegre y hermosa,
si ve agostarse la rosa
de su tierna juventud.

Pero Abraham solo guarda
como su mejor tesoro,
arcones llenos con oro,
donde mirándose está.
Oro que le dió la fama
de las ciencias en agravio,
y que él ha amasado, al labio
robándole el pan quizá.

Así, pues, sin otro encanto
que su corazon deleite,
tanto perfume y afeite
no sufren de amor la ley;
mas debe tan alto puesto
à su opinion señalada,
que es médico y tiene entrada
en los harenes del rey.

Hoy en ellos se presenta
con altivez mas ufana
porque á una hermosa sultana
ya moribunda, salvó,
y à las puertas del sepulcro
á la par salvó con ella
la prenda querida y bella
que en sus entrañas guardó.

El rey à cuyo contento
nada en este instante iguala,
una pension la señala,
y joyas manda le den.
Músicas y alegres danzas
ordena, y todo armonía,
todo encanto y alegría
es ya el silencioso haren.

Era Elvira la sultana,
que su celeste hermosura
la trajo à tal desventura,
y á tal punto la humilló:
que aun vivas dentro del alma
de aquel amor las delicias,
sufre las torpes caricias
del que su bien la robó.

Y tanto sufrió la triste
en su inflexible conciencia,
y tanto pudo en la ausencia
de su tirano, llorar,
que su salud quebrantada
sin que de una vez sucumba
al mismo pie de la tumba
llególa al fin á arrastrar.

Y Abraham que lée astuto
en la espresion de sus ojos
los invencibles enojos
que rasgan su corazon,
noche y dia la importuna,
y con afan indiscreto
quiere arrancarla el secreto
de su profunda pasion.

Y si bien ella callaba
tristemente sometida,
à su ruego al fin vencida,
y con esperanza al fin,
de sus perdidos amores
la horrible historia le cuenta,
y aquella escena sangrienta
que puso á sus dichas fin.

Y uniendo à la triste historia
plegarias y amargo llanto,
con Abraham pudo tanto
la espresion de su dolor,
que ofrecióla que à su amante
la misma noche veria
hasta que del nuevo dia
brillase el limpio fulgor.

Pero para darle entrada,
fuerza serà que la puerta
para Abrahan solo abierta,
se abra tambien para aquel,
y los feroces guardianes
que custodiàndola velan,
el duro rigor recelan
de su tirano cruel.

Para quebrantar sus leyes
con tan culpable desprecio,
fuerza es comprar á alto precio
su peligrosa traicion.
Pero la sultana guarda
de joyas rico tesoro,
que serán llaves de oro
que romperàn su prision.

Asi acordado, al buen conde
buscó el taimado judío,
y allí le halló junto al rio
siempre á su esperanza fiel,
y cuando las negras sombras
inundaron el espacio,
marchó el hebreo á palacio
y Peransures con él.

IV.

Por las ya desiertas calles
recatándose los rostros
el hebreo y Peransurez
caminan uno tras otro.

Disfrazado va el amante
con recato misterioso,
y el rostro escondido lleva
en los pliegues del embozo.

Un puntiagudo sombrero,
igual al del mago docto,
calado lleva adelante
hasta cubrirle los ojos.

Mirado de las estrellas
al tibio esplendor dudoso,

distinguirle es imposible
con su ropaje diabólico.

Asi con rápidos pasos,
con silencio temerosos,
cautamente se acercaron
de los harenes al pórtico.

Abrió la guarda las puertas,
y sin recelo ni asombro
los sayones se apartaron
à la órden del mago, prontos.

Tal vez halló Peransurez
en aquellos fieros ojos
esa compasion que insulta
con triste esplendor irónico.

Pero del cuitado amante
rebosaba el alborozo
hasta sus ojos, y ciego
á su muerte corrió loco.

¡A su muerte! el torpe hebreo
su vida vendió por oro
al tirano Benhamet,
ya concertado á su logro.

Considerando de Elvira
el dolor oculto y hondo
y examinando la causa,
la sospechaba celoso.

Hallóla una vez y mil
gimiendo, y otras atónito
encontróla en su ventana
fijos y atentos los ojos.

Tal vez oyó sus suspiros
tristemente dolorosos
vagar con perdidos ayes
por los artesones cóncavos.

Y asi contino, aclarando
sus sospechas, poco á poco,

de la realidad terrible
apuró por fin el tósigo.

Abraham fue el escogido
para la traicion, y él solo
ofreció al rey, à sus plantas
traer al cuitado mozo.

Asi fue, que aun no creian
tan gran ventura, gozosos,
los miserables amantes;
apenas dulces y mórbidos

---

sus besos de ardiente fuego
se cruzaban temerosos,
bañando el húmedo labio,
llenando el alma de gozo,

---

cuando despierto de súbito
el palacio silencioso
de luces y armas el brillo
vieron acercarse absortos.

Volvióse el conde al hebreo,
y vió en su maligno rostro
torva sonrisa pintada
de negro placer diabólico.

No dudando ya que hubiera
vendídole, hácia el furioso
se lanza, y con su puñal
le asesta de rabia loco.

Pero el traidor se sonrie,
y el puñal de Ansurez, corvo
y desguarnécido, cae
dejando en la mano el pomo.

Mas no le vale al villano
su precaucion, que si boto
el puñal cede á la malla,
aun han de tardar los otros.

Cogiéndole entre sus brazos
con esfuerzo prodigioso,

el aliento le suspende
y le oprime de tal modo,

---

que abandonando la yerta
cabeza sobre los hombros,
la vida lanzó convulso
cerrando á la luz los ojos.

Soltóle Ansurez, y el cuerpo
cayó tronzado, y con hondo
golpe resonó en las losas
del pavimento marmóreo.

En este instante asomaron
en tropel tumultuoso
de Benhamet los verdugos,
y él mismo enfrente de todos.

Viendo difunto al judío
grita con acento ronco,
matadle, y todos al punto
se avanzan contra él furiosos.

Mas descubriéndose el conde
en aquel instante el rostro,
« teneos » gritó de nuevo;
« dejadle conmigo solo. »

A esa muger, arrojadla
al rio, donde sea asombro
de los que osados pretendan
insultar asi mi trono.

Esto dijo, y fue ya en vano
que desesperado y loco
el conde la defendiera,
que maniatado entre todos

---

cayó, y volviendo al tirano
desencajados los ojos,
tranquilo esperó la muerte
de las manos de aquel mónstruo.

Pero Benhamet, mirándole
con fiero semblante torvo,

« conde Peransurez! » dijo,
« muy mal mi venganza logro. »

Peransurez que se oyera
nombrar de él, miróle absorto,
mas conservó sin embargo
su silencio desdeñoso.

« En vano ocultas tu nombre »
repitió el rey: te conozco
rayo de Leon! tu muerte
causará à mis pueblos gozo.

Pero un hijo, el que tenia,
el que yo adoraba sólo,
hoy en prisiones le tiene
por mi desventura, Alfonso.

Tu muerte fuera su muerte:
yo de tu vida respondo
con lo que es más que mi sangre,
con lo que rinde mi encono.

Ve á Leon, Ansurez, corre
á libertarle: ve pronto
y ábrele por fin las puertas
de su negro calabozo.

Ve, pues, y lleva contigo
profundo y tenaz mi odio,
que si otra vez en mis manos
verte prisionero logro,

Verás que si hoy tus cádenas
á quebrantar me acomodo,
no ha sido ¡viven los cielos!
porque tu traicion perdono.»

Aqui volviendo la espalda
el imperturbable moro,
al conde dejó, lanzando
desesperados sollozos.

Elvira, la pobre Elvira
sacrificada por todos

de su amor infeliz víctima
buscó en la muerte el reposo.

Aquella blanca azucena
cuyo cáliz melancólico
blandamente se inclinaba
de los céfiros al soplo,

---

ya deshojada y marchita,
sin jugo el seno oloroso,
sin belleza ni frescura,
es tierra, ceniza y polvo.

FIN.

INDICE.

Parte primera.

ROMANCES HISTÓRICOS.

Parte segunda.

POESÍAS VARIAS.

